

UN VIGILANTE
JUNTO AL MUERTO
Y OTROS RELATOS
DE TERROR

AMBROSE BIERCE

Un Vigilante Junto Al Muerto

I

En una habitación del piso superior de una vivienda desocupada situada en esa parte de San Francisco que se conoce con el nombre de North Beach, yacía bajo una sábana el cadáver de un hombre. La hora estaba próxima a las nueve de la noche; la habitación, apenas iluminada por una sola vela. Aunque el tiempo era bueno, las dos ventanas estaban cerradas con las persianas bajadas, contrariando la costumbre de dar mucho aire a los muertos. El mobiliario se componía tan sólo de tres piezas: un sillón, una pequeña mesita de lectura sobre la que estaba la vela y una mesa de cocina alargada sobre la cual estaba el cadáver del hombre. Los tres muebles, lo mismo que el cadáver, parecían haber sido llevados recientemente, pues un observador, de haber existido alguno, habría visto que no tenían polvo, mientras que el resto de la habitación tenía una capa espesa, e incluso había telarañas en los ángulos de las paredes.

Bajo la sábana podían perfilarse los rasgos del cuerpo, incluso los del rostro, pues tenían esa definición tan innaturalmente nítida que parece pertenecer a los rostros de los muertos, aunque en realidad es característica sólo de aquellos que han sido desgastados por la enfermedad. Por el silencio de la habitación se podía deducir, correctamente, que no estaba situada en la parte delantera de la casa ni daba a una calle: en realidad sólo daba a un promontorio rocoso, pues la parte trasera del edificio se había asentado en una colina.

Cuando el reloj de una iglesia cercana dio las nueve con una indolencia que parecía dar a entender tal indiferencia por el paso del tiempo que uno no podía dejar de preguntarse por qué se tomaba la molestia de dar las horas, se abrió la única puerta de la habitación y entró por ella un hombre que se dirigió hacia el cadáver. Al hacerlo, la puerta se cerró, dando la apariencia de que lo hacía por sí sola; pero se escuchó también un rechinar metálico, como de una llave que girara con dificultad, y el chasquido de un cerrojo al encajarse. Después sonaron unos pasos que se alejaban por el pasillo y el hombre dio toda la impresión de haber quedado allí como un prisionero. Al dirigirse hacia la mesa, se detuvo un momento para examinar el cadáver; pero después, con un ligero encogimiento de hombros, fue hacia una de las ventanas y levantó la persiana. La oscuridad exterior era absoluta, pues los cristales estaban cubiertos de polvo, pero al

limpiarlos pudo ver que la ventana estaba fortificada con fuertes barras de hierro que la cruzaban a escasos centímetros del cristal, incrustándose a cada lado en la mampostería. Examinó la otra ventana, encontrando la misma disposición. No manifestó gran curiosidad por el asunto y ni siquiera llegó a levantar el marco de la ventana. Si era un prisionero, parecía bastante dócil. Tras haber completado el examen de la habitación, se sentó en el sillón, sacó un libro del bolsillo, acercó la mesita con la vela y empezó a leer.

Era un hombre joven, de no más de treinta años, de tez oscura, bien afeitado y cabellos castaños. Su rostro era delgado y la nariz alta, con una frente ancha y una «firmeza» de la barbilla y la mandíbula que se dice denota resolución en los que la tienen. Los ojos, grises y firmes, no se movían sino era con un propósito concreto. La mayor parte del tiempo los mantenía fijos en el libro, aunque ocasionalmente los apartaba para dirigirlos hacia el cadáver de la mesa, aunque era evidente que no lo hacía con esa fascinación tétrica que se supone que esas circunstancias podrían ejercer incluso sobre una persona valiente, ni con esa rebelión consciente contra una influencia contraria que podría dominar a un tímido. Lo contemplaba como si durante la lectura hubiera encontrado algo que le recordara la sensación de su entorno. Evidentemente, este vigilante del muerto estaba desempeñando su cometido con inteligencia y compostura, tal como le correspondía.

Tras llevar leyendo quizás una media hora, pareció llegar al final de un capítulo y dejó tranquilamente el libro. Se levantó, alzó del suelo la mesita de lectura y la trasladó a una esquina de la habitación que estaba junto a una de las ventanas, cogió la vela y regresó frente a la vacía chimenea delante de la cual había estado sentado.

Un momento más tarde fue hacia el cuerpo de la mesa, levantó la sábana y le dio la vuelta desde la cabeza, dejando al descubierto una masa de cabellos oscuros y un fino paño que le cubría el rostro y bajo el cual los rasgos se revelaban todavía con mayor definición que antes. Dando sombra a los ojos, al interponer su mano libre entre éstos y la vela, se quedó mirando a su compañero inmóvil con una contemplación grave y tranquila. Satisfecho con la inspección, volvió a cubrir el rostro con la sábana y regresó a la silla, cogió algunas cerillas que había junto al candelero, las metió en el bolsillo lateral de su abrigo y se sentó. Levantó luego la vela separándola del candelero y la examinó críticamente, como si estuviera calculando cuánto tiempo duraría. Apenas medía cinco centímetros, por lo que al cabo de una hora se encontraría en la oscuridad. Volvió a ponerla en el candelero y sopló para apagarla.

II

En la consulta de un médico, en Kearny Street había tres hombres sentados junto a una mesa, bebiendo ponche y fumando. Era ya bastante tarde, casi la medianoche, y desde luego que el ponche no había faltado. El más solemne de los tres era el doctor Helberson, que era el anfitrión, pues se encontraban en sus habitaciones. Tenía unos treinta años; los otros eran más jóvenes, aunque todos eran médicos.

—El temor supersticioso con que los vivos consideran a los muertos es hereditario e incurable —decía el doctor Helberson—. Uno no tiene por qué avergonzarse de eso, como tampoco debería hacerlo por el hecho de heredar, por ejemplo, una incapacidad para las matemáticas o la tendencia a mentir.

Los otros dos se echaron a reír.

—¿No debería un hombre avergonzarse de ser mentiroso? —preguntó el más joven de los tres, que en realidad era un estudiante de medicina que todavía no se había graduado.

—Mi querido Harper, yo no he dicho nada semejante. Una cosa es la tendencia a mentir y otra el hecho de hacerlo.

—¿Pero piensa usted que ese sentimiento supersticioso, ese miedo a los muertos, tan irracional como nos parece, es universal? —intervino el tercer hombre—. No soy consciente de tenerlo.

—Ah, pero pese a todo está «en su sistema» —contestó Helberson—. Sólo requiere de las condiciones adecuadas —lo que Shakespeare llama «la estación confederada»— para manifestarse de alguna manera muy desagradable que le abra los ojos. Aunque desde luego los médicos y los soldados están más liberados que los demás de ese miedo.

—¡Los médicos y los soldados! ¿Por qué no añadir a los decapitadores y los verdugos de la horca? Añadamos a todos los grupos de asesinos.

—No, mi querido Mancher; los jurados no permiten que los verdugos públicos lleguen a adquirir una familiaridad suficiente con la muerte como para no sentirse en absoluto conmovidos por ella.

El joven Harper, que había ido junto a una mesa de servicio para coger un nuevo cigarro, volvió a su asiento.

—¿Cuáles consideraría usted que son las condiciones bajo las que cualquier hombre nacido de mujer llegaría a tener una conciencia insoportable de compartir a este respecto nuestra debilidad común? —preguntó con un exceso, quizás, de verbosidad.

—Bien, diría que si un hombre se encontrara una noche entera encerrado con un cadáver, a solas, en una habitación oscura de una casa vacía, sin

cobertores de cama con los que taparse la cabeza, y pasara por todo ello sin enloquecer totalmente, podría jactarse entonces de no haber nacido de mujer ni ser tampoco, como Macduff, un producto de la cesárea.

—Pensé que no terminaría nunca de añadir condiciones —intervino Harper—. Pues conozco a un hombre que no es ni médico ni soldado y que las aceptaría todas por cualquier apuesta que quisieran ustedes hacer.

—¿De quién se trata?

—Se llama Jarette: aquí es un desconocido; procede de la misma ciudad que yo, en el estado de Nueva York. Carezco de dinero para apoyarle en la apuesta, pero él mismo la sostendrá con todo lo que haga falta.

—¿Cómo sabe eso?

—Antes preferiría apostar que comer. Y en cuanto al miedo... me atrevo a decir que opina que es algún trastorno cutáneo, o quizás un tipo particular de herejía religiosa.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Helberson que, evidentemente, se estaba interesando por el asunto.

—Se parece a Mancher... hasta podría ser su hermano gemelo.

—Acepto el desafío —respondió de inmediato Helberson.

—¿Porque se parece a mí? Muy agradecido por el cumplido —dijo Mancher arrastrando las palabras, pues tenía cada vez más sueño—. ¿Puedo intervenir?

—No contra mí —contestó Helberson—. No quiero ganar *su* dinero.

—De acuerdo —replicó Mancher—. Entonces yo seré el cadáver.

Los otros se echaron a reír.

El resultado de aquella loca conversación, ya lo hemos visto.

III

La intención del señor Jarette al apagar su magra ración de vela fue la de conservarla para alguna necesidad imprevista. También pudo pensar, o intuir, que la oscuridad no sería peor en un momento que en otro, y que si la situación llegaba a volverse insoportable sería mejor contar con algún medio de alivio o incluso de liberación. En cualquier caso, era prudente guardar una pequeña reserva de luz, aunque sólo fuera para poder mirar su reloj.

Nada más apagar la vela y dejarla en el suelo, a su lado, se arrellanó cómodamente en el sillón, se echó hacia atrás y cerró los ojos esperando dormirse. Pero en esto se decepcionó: jamás en su vida había sentido menos sueño, por lo que al cabo de unos minutos abandonó el intento. ¿Qué hacer? No podía pasear a tientas en una oscuridad absoluta con riesgo de herirse, o de

chocar contra la mesa y turbar descortésmente al muerto. Todos reconocemos el derecho que tienen al descanso, a salvo de todo lo que sea duro y violento. Jarette consiguió casi hacerse creer a sí mismo que eran consideraciones de este tipo las que le llevaban a no correr el riesgo de la colisión y le permitían permanecer inmóvil en el asiento. Mientras pensaba este tema, creyó haber oído un débil sonido que procedía de la mesa... no era capaz de explicarse de qué tipo de sonido se trataba. No volvió la cabeza. ¿De qué iba a servirle en la oscuridad? Pero escuchó con gran atención: ¿por qué no iba a hacerlo? Y mientras escuchaba, se fue sintiendo mareado hasta el punto de que se aferró a los brazos del sillón en busca de apoyo. Percibía por sus oídos un zumbido extraño; tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar; la ropa que llevaba puesta le constreñía y oprimía el pecho. Se preguntó por el motivo de todo aquello; y si serían los síntomas del miedo. Luego, tras una larga y potente espiración, tuvo la impresión de que el pecho se le hundía, pero con la gran inspiración con la que rellenó sus pulmones agotados perdió el vértigo y se dio cuenta de que había estado escuchando con tanta intensidad que había retenido la respiración casi hasta el punto de ahogarse. Aquella revelación le resultó vejatoria; se levantó, empujó el sillón con el pie y caminó hasta el centro de la habitación. Pero no es posible caminar a zancadas en la oscuridad; empezó a avanzar a tientas, encontró una pared y la siguió hasta un ángulo, giró, pasó junto a las dos ventanas y en la otra esquina entró en violento contacto con la mesita de lectura, derribándola. Produjo un estrépito que le hizo sobresaltarse. Se sintió molesto.

—¿Cómo diablos pude olvidar dónde estaba? —murmuró, y empezó a abrirse camino a tientas, a lo largo de la tercera pared, hasta la chimenea—. He de poner las cosas en su sitio —añadió mientras buscaba la vela por el suelo.

Tras recuperarla, la encendió y volvió inmediatamente la mirada hacia la mesa, donde como es natural nada había cambiado. La mesita de lectura permaneció en el suelo: se había olvidado de «ponerla en su sitio». Miró por toda la habitación dispersando las sombras más profundas con el movimiento de la vela que llevaba en la mano y, cruzándola hasta la puerta, la comprobó girando el pomo y tirando de él con toda su fuerza. No cedió y aquello pareció proporcionarle cierta satisfacción; incluso la aseguró con mayor firmeza mediante un pestillo que antes no había observado. Regresó al sillón y miró el reloj, comprobando que eran las nueve y media. Se sorprendió al darse cuenta de que se había llevado el reloj al oído: no se había parado. La vela era ahora visiblemente más corta. La volvió a apagar y la colocó en el suelo a su lado, lo mismo que antes.

El señor Jarette no se encontraba tranquilo; se sentía claramente inquieto en ese entorno, e insatisfecho consigo mismo por ello.

—¿Qué he de temer? —pensó en voz alta—. Esto resulta ridículo; no voy a

comportarme como un estúpido.

Pero el valor no venía por el hecho de que se dijera «voy a ser valiente», ni por reconocer que la valentía era lo más apropiado para la ocasión. Cuanto más se condenaba Jarette a sí mismo, más razones se estaba dando para condenarse; cuanto mayor era el número de variaciones que había intentado sobre el único tema de que los muertos son inofensivos, más insoportable se volvía la discordancia de sus emociones.

—¿Cómo? —gritó en voz alta por la angustia de su espíritu—. ¡Cómo! ¿Es que yo, que no tengo la menor sombra de superstición en mi naturaleza, yo, que no creo en la inmortalidad, yo, que sé (y nunca lo supe con tanta claridad como ahora) que la otra vida es el sueño de un deseo, voy a perder mi apuesta, mi honor y el respeto que a mí mismo me tengo, quizás hasta mi razón, porque algunos antepasados salvajes que habitaban en cuevas y madrigueras concebían la idea monstruosa de que los muertos caminan por la noche?... Eso...

Clara e inequívocamente, el señor Jarette oyó tras él el sonido ligero y suave de unos pasos deliberados, regulares y cada vez más cercanos.

IV

Poco antes del amanecer de la mañana siguiente, el doctor Helberson y su joven amigo Harper avanzaban lentamente en el coupé del doctor por las calles de North Beach.

—¿Sigue teniendo la confianza de la juventud en el valor o la imperturbabilidad de su amigo? —preguntó el de más edad—. ¿Cree que he perdido esta apuesta?

—Sé que la ha perdido —contestó el otro con débil énfasis.

—Pues bien, por mi alma que espero que así sea.

Había pronunciado aquello con seriedad, casi solemnemente. Después se produjo un silencio momentáneo.

—Harper, no me siento totalmente tranquilo con este asunto —volvió a hablar el doctor, que parecía muy serio bajo las luces cambiantes y débiles que penetraban en el carruaje cuando pasaban junto a los faroles de la calle—. Si su amigo no me hubiera irritado con la actitud despreciativa con la que trató mis dudas acerca de su resistencia, una cualidad puramente física, y con la fría descortesía de su sugerencia de que el cadáver fuera el de un médico, no habría seguido con ello. Si sucediera cualquier cosa, estamos arruinados, y me temo que merecidamente.

—¿Pero qué puede suceder? Aunque el asunto hubiera tomado un giro

grave, lo que no temo en absoluto, Mancher sólo tendría que «resucitar» y explicar el asunto. Con un «sujeto» auténtico de la sala de disección, o uno de sus últimos pacientes, la cosa podría ser distinta.

De modo que el doctor Mancher había cumplido su promesa: sirvió de «cadáver».

El doctor Helberson guardó silencio durante mucho tiempo mientras el coche, a paso de tortuga, siguió deslizándose por la misma calle que ya había recorrido en dos o tres ocasiones. Finalmente, rompió el silencio:

—Bien, esperemos que Mancher, si ha tenido que levantarse de entre los muertos, lo haya hecho discretamente. Un error en esa dirección podría haber empeorado las cosas, en lugar de mejorarlas.

—Ciertamente, Jarette le mataría —contestó Harper—. Pero doctor, son ya las cuatro en punto —añadió mirando su reloj cuando pasaron bajo un farol de gas.

Un momento después ambos habían bajado del vehículo y se dirigían a paso vivo hacia la casa que llevaba mucho tiempo desocupada, perteneciente al doctor, en la que habían encerrado al señor Jarette de acuerdo con los términos de la loca apuesta. Al acercarse a ella se encontraron con un hombre que corría.

—¿Por favor, saben dónde puedo encontrar un médico? —gritó deteniendo repentinamente su carrera.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Helberson en un tono que no le comprometía.

—Vayan a verlo por sí mismos —contestó el hombre reanudando la carrera.

Echaron a correr. Al llegar a la casa vieron a varias personas que entraban en ella con prisa y excitación. En algunas de las casas cercanas, a lo largo del camino, las ventanas estaban abiertas y salían por ellas varias cabezas. Todas hacían preguntas, aunque sin dirigírselas unos a otros. Algunas ventanas que tenían las persianas cerradas estaban iluminadas; los que habitaban en ellas se estaban vistiendo para bajar. Directamente enfrente de la puerta de la casa que buscaban, un farol arrojaba sobre la escena una luz amarillenta e insuficiente, que parecía decir que podía revelar mucho más si lo deseaban. Harper se detuvo junto a la puerta y puso una mano sobre el brazo del compañero.

—Todo está perdido para nosotros, doctor —dijo presa de una agitación extrema que contrastaba extrañamente con la tranquilidad con la que pronunció esas palabras—. El juego se ha puesto en nuestra contra. No entremos allí; prefiero no asomar la cabeza.

—Soy médico y puede que necesiten uno —contestó con calma el doctor Helberson.

Subieron las escaleras de la casa y se dispusieron a entrar. La puerta estaba abierta; la farola de la acera de enfrente iluminaba el pasillo. Estaba lleno de

hombres. Algunos habían subido las escaleras hasta el final y, como no se les permitía entrar, aguardaban mejor suerte. Todos hablaban y ninguno escuchaba. De pronto se produjo una gran conmoción en el rellano de arriba; un hombre había salido de una puerta y trataba de abrirse paso entre los que se esforzaban por retenerle. Llegó abajo por entre la masa de hombres ociosos y espantados, apartándolos, aplastándolos contra la pared de un lado o contra la barandilla de la escalera del otro, aferrándolos por la garganta, golpeándolos salvajemente, lanzándolos escaleras abajo y caminando sobre los que habían caído. Sus ropas estaban en desorden y no llevaba sombrero. Su mirada, salvaje e inquieta, contenía algo más aterrador todavía que su fuerza aparentemente sobrehumana. Su rostro, afeitado, carecía de color, sus cabellos habían encanecido.

Cuando la masa de gente que había al pie de las escaleras, que disfrutaban de más libertad de espacio, se apartó para dejarle pasar, Harper se adelantó.

—¡Jarette! ¡Jarette! —gritó.

El doctor Helberson cogió a Harper por el cuello y le hizo retroceder.

El hombre les miró al rostro sin que pareciera reconocerlos y salió a toda prisa por la puerta, bajó los escalones hasta la calle y se perdió. Un robusto policía que había tenido menos éxito para bajar las escaleras apareció un momento después e inició la persecución, ayudado por los gritos indicativos de todas las cabezas que salían por las ventanas, que ahora eran sólo las de mujeres y niños.

Como la escalera se había vaciado parcialmente, pues la mayor parte de la gente se había precipitado a la calle para observar la fuga y la persecución, el doctor Helberson subió al rellano seguido por Harper. En una puerta del pasillo superior un oficial les impidió el paso.

—Somos médicos —dijo el doctor, y así pudieron entrar.

La habitación estaba llena de hombres, apenas visibles por la oscuridad, amontonados junto a una mesa. Los recién llegados se acercaron y miraron por encima de los hombros de los que estaban delante. Sobre la mesa, con los miembros inferiores cubiertos por una sábana, yacía el cuerpo de un hombre, bien iluminado por el haz de un ojo de buey que sostenía un policía situado a los pies. Los demás, salvo los que estaban cerca de la cabeza, y el propio oficial, se encontraban en la oscuridad. ¡El rostro del cuerpo parecía amarillo, repulsivo, horrible! Los ojos estaban parcialmente abiertos, mirando hacia arriba, y la mandíbula caída; rastros de espuma manchaban los labios, la barbilla y las mejillas. Un hombre alto, evidentemente médico, se inclinaba sobre el cuerpo introduciendo la mano bajo la parte delantera de la camisa. La retiró y colocó dos dedos sobre la boca abierta.

—Este hombre lleva muerto unas seis horas. Es un caso para el forense —dijo.

Sacó una tarjeta del bolsillo, se la entregó al oficial de policía y se dirigió a la puerta.

—¡Salgan de la habitación... todos! —gritó el oficial, y el cadáver desapareció como si alguien lo hubiera arrebatado cuando la linterna desvió sus haces de luz aquí y allá contra los rostros de la multitud. ¡El efecto fue sorprendente! Los hombres, cegados, confusos y casi aterrados, corrieron tumultuosamente hacia la puerta, empujándose y tropezando unos con otros en su huida, como las huestes de la noche ante los rayos de Apolo. El policía derramó su luz sin piedad e incesantemente sobre la masa que luchaba y tropezaba. Atrapados en esa corriente, Helberson y Harper fueron barridos fuera de la habitación y descendieron las escaleras hasta la calle como impulsados por un torrente.

—¡Dios mío, doctor! ¿No le dije que Jarette le mataría? —exclamó Harper en cuanto se hubieron alejado de la multitud.

—Creo recordar que lo dijo —contestó el otro sin ninguna emoción aparente.

Caminaron en silencio recorriendo una manzana tras otra. En el oriente grisáceo se percibían las siluetas de las casas de las colinas. La conocida carreta de la leche recorría ya las calles; el panadero aparecería pronto en escena; el vendedor de periódicos ya estaba en ella.

—Me parece, jovencito, que usted y yo últimamente hemos respirado demasiado los aires de la mañana. No son muy sanos y necesitamos un cambio. ¿Qué le parecería un viaje por Europa?

—¿Cuándo?

—Me da lo mismo. Aunque supongo que las cuatro de esta tarde sería conveniente.

—Entonces nos encontraremos en el barco —añadió Harper.

V

Siete años más tarde, los dos hombres estaban sentados en un banco de Madison Square en Nueva York, conversando amistosamente. Otro hombre, que llevaba observándoles algún tiempo sin ser visto, se acercó a ellos y, levantando cortésmente su sombrero, que dejó al descubierto un cabello tan blanco como la nieve, dijo:

—Les ruego que me perdonen, caballeros, pero cuando uno vuelve a la vida y mata a un hombre, lo mejor es cambiar la ropa con él y a la primera oportunidad buscar la libertad.

Helberson y Harper intercambiaron miradas significativas; evidentemente aquello les divertía. Pero el primero miró amablemente a los ojos del desconocido y contestó.

—Siempre he pensado que ése era el mejor plan. Estoy totalmente de acuerdo con usted en cuanto a las ventajas...

De pronto se detuvo, se levantó y se quedó blanco de asombro. Se quedó mirando fijamente al desconocido, con la boca abierta y temblando visiblemente.

—¡Ah! —exclamó el desconocido—. Me parece que está usted indispuerto, doctor. Si no es capaz de tratarse a sí mismo, estoy seguro de que el doctor Harper podrá hacer algo por usted.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Harper enérgicamente.

El desconocido se acercó más, e inclinándose hacia ellos dijo con un murmullo de voz:

—A veces digo que mi nombre es Jarette, pero dada nuestra antigua amistad no me importa decirles que soy el doctor William Mancher.

La revelación hizo que Harper se pusiera en pie de un salto.

—¡Mancher! —gritó.

—¡Dios mío, es cierto! —añadió Helberson.

—Así es —añadió el desconocido, sonriendo vagamente—. Sin duda es cierto.

Vaciló mientras parecía tratar de recordar algo, pero enseguida empezó a silbar una melodía popular. Por lo visto se había olvidado de la presencia de los otros dos.

—Mancher, se lo ruego —dijo el mayor de los otros—. Díganos lo que sucedió aquella noche... a Jarette, ya sabe.

—Ah, sí, a Jarette. Resulta extraño que me haya olvidado de contárselo... lo cuento tanta veces. ¿Saben?, al oírle hablar consigo mismo me di cuenta de que estaba terriblemente asustado, así que no pude resistir la tentación de volver a la vida y divertirme un poco con él... de verdad que no pude evitarlo. Estuvo muy bien, aunque lo cierto es que no pensé que fuera a tomárselo tan en serio; de verdad que no lo pensé. Y después... bueno, fue un trabajo duro cambiar de puesto con él, y entonces... ¡maldita sea! ¡Ustedes no me ayudaron a salir de aquello!

Nada podría exceder a la ferocidad con la que fueron pronunciadas estas últimas palabras.

Ambos hombres retrocedieron alarmados.

—¿Nosotros?... Pero... ¿por qué? —dijo Helberson tartamudeando, pues había perdido totalmente el dominio de sí mismo—. Nosotros no tuvimos nada que ver.

—¿No dije que eran ustedes los doctores Hellborn y Sharper?¹ —preguntó el hombre echándose a reír.

—Mi nombre es Helberson, ciertamente; y este caballero es el señor Harper —replicó el primero que se había tranquilizado con aquella risa—. Pero ya no somos médicos; somos... bueno, que me ahorquen, anciano: somos jugadores.

Y ésa era la verdad.

—Una profesión muy buena; verdaderamente buena; y dicho sea de paso, espero que este señor, Sharper, haya pagado su dinero a Jarette como un apostador honesto. Una profesión muy buena y honorable —repitió pensativamente, mientras se alejaba con despreocupación—. Yo sigo siendo lo que fui. Soy el jefe médico del Asilo de Bloomingdale; es mi deber curar al superintendente.

¹ Les ha alterado el nombre, pues Hell-born significa «nacido en el infierno», y Sharper «fullero». (N. del T.)

Los Ojos De La Pantera

Uno no siempre se casa cuando está loco

Un hombre y una mujer —la naturaleza había sido responsable del agrupamiento— se encontraban sobre un rústico asiento a última hora de la tarde. El hombre era de mediana edad, esbelto, atezado, tenía la expresión de un poeta y la tez de un pirata: era un hombre al que a nadie le importaría volver a mirar una segunda vez. La mujer era joven, rubia, llena de gracia, con algo en su figura y movimientos que sugería la palabra «ligereza». Iba vestida con un traje gris al que daban textura unas extrañas manchas marrones. Podía ser hermosa, pero no era fácil decirlo porque los ojos impedían que se prestara atención al resto del cuerpo: eran de color verde grisáceo, largos y estrechos, con una expresión que desafiaba todo análisis. De lo único que podía estar seguro uno es de que eran inquietantes. Cleopatra debió tener unos ojos semejantes.

El hombre y la mujer estaban conversando.

—Cierto —decía ella—. ¡Dios sabe que te amo! Pero casarme contigo... eso no. No puedo ni podré hacerlo.

—Irene, ya me has dicho eso muchas veces, pero siempre me has negado cualquier explicación. Tengo derecho a saber, a entender, a poner a prueba mi fortaleza si es que la tengo. Dame una razón.

—¿De por qué te amo?

Tras sus lágrimas y palidez, la mujer estaba sonriendo. Pero aquello no provocó sentido del humor alguno en el hombre.

—No; para eso no hay razones. Una razón para no casarte conmigo. Tengo derecho a saberlo. Debo saberlo. ¡Lo sabré!

Se había levantado y estaba de pie ante ella, con las manos enlazadas y una arruga en el rostro por la que podría decirse que estaba ceñudo. Daba la impresión de que estaba dispuesto a saberlo, aunque para ello tuviera que estrangularla. Ella había dejado de sonreír; simplemente permanecía sentada, mirando hacia arriba, al rostro de él, con una expresión fija que no parecía tener en absoluto emoción ni sentimiento. Sin embargo, había algo en ella que domeñó el resentimiento del hombre y le hizo estremecerse.

—¿Estás decidido a conocer mi razón? —le preguntó en un tono totalmente mecánico, un tono que parecía proceder de su mirada.

—Si no es pedirte demasiado.

Evidentemente, el señor de aquella creación estaba cediendo a su criatura parte de su dominio.

—Pues muy bien, vas a saberlo: estoy loca.

El hombre se sorprendió, después pareció no creerla y se dio cuenta de que debía estar burlándose de él. Pero también ahí le falló el sentido del humor, por lo que a pesar de su incredulidad se sintió absolutamente turbado por aquello en lo que no creía. Entre nuestras convicciones y nuestros sentimientos no se da un buen entendimiento.

—Eso es lo que dirían los médicos... si lo supieran —siguió diciendo la mujer—. Yo preferiría considerarlo como un caso de «posesión». Siéntate y escucha lo que voy a decirte.

En silencio, el hombre volvió a sentarse a su lado sobre el rústico banco que había al borde del camino. Frente a ellos, en el lado oriental del valle, las colinas estaban enrojecidas ya por el atardecer; y la quietud, a su alrededor, tenía esa peculiar cualidad que anuncia el crepúsculo. La solemnidad misteriosa y significativa del momento se había transmitido de alguna manera al estado de ánimo del hombre. En el mundo espiritual hay, lo mismo que en el material, signos y presagios de la noche.

Procurando no mirarla fijamente a los ojos, pues siempre que lo hacía así tomaba conciencia de un terror indefinible que, pese a su belleza felina, le producían siempre, Jenner Brading escuchó en silencio la historia que le contó Irene Marlowe. Como deferencia al posible prejuicio del lector frente al método carente de arte de un narrador de historias poco avezado, el autor se aventura a sustituir la versión de Irene por la propia.

Una habitación puede ser demasiado pequeña para tres, aunque uno esté fuera

En una pequeña cabaña de leños compuesta por una sola habitación, escasa y toscamente amueblada, había una mujer sentada en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes, que aferraba contra su pecho a un niño. Fuera, en todas las direcciones, se extendía durante muchas millas un bosque denso e ininterrumpido. Era de noche y la habitación estaba a oscuras: ningún ojo humano hubiera podido discernir a la mujer y el niño. Sin embargo, eran observados estrecha y vigilantemente, sin que por un instante se relajara la atención; y éste es el hecho sobre el cual gira la presente narración.

Charles Marlowe era de esa clase de pioneros del bosque que ha desaparecido ya en este país: hombres que encontraban su ambiente mas aceptable en las soledades selváticas que se extendían a lo largo de la pendiente

oriental del Valle del Mississippi, desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México. Durante más de cien años, generación tras generación, aquellos hombres fueron avanzando hacia el oeste, con el rifle y el hacha, reclamando aquí y allí a la naturaleza y a sus hijos salvajes unos acres aislados para arar, que tan pronto habían reclamado como tenían que entregar a sus sucesores, menos aventureros pero más prósperos. Al final, atravesando el borde del bosque, llegaron a campo abierto y se desvanecieron como si se hubieran caído de un risco. El pionero de los bosques ya no existe; el pionero de las llanuras —aquel cuya fácil tarea consistió en dominar y ocupar dos terceras partes del país en una sola generación— es una criatura distinta e inferior. Compartiendo con Charles Marlowe, en las extensas soledades, los peligros, durezas y privaciones de aquella vida extraña y poco provechosa, estaban su esposa y su hija, a quienes se sentía apasionadamente unido, como era habitual entre los de su clase, para quienes las virtudes domésticas eran una religión. La mujer era todavía lo bastante joven como para resultar bonita, y el aislamiento terrible de su destino le era tan nuevo que aún podía sentirse alegre. Manteniendo una gran capacidad para ser feliz, aunque las satisfacciones simples de la vida en el bosque no pudieran llenarla, el cielo la había tratado honorablemente, pues sus necesidades se veían abundantemente provistas con las tareas ligeras de la casa, su hija, su esposo y algunos libros absurdos.

Una mañana de mediados de verano, Marlowe cogió el rifle que estaba colgado de la pared, por medio de unos ganchos de madera, dando a entender su intención de salir a cazar.

—Tenemos suficiente carne —le dijo la esposa—. No salgas hoy, por favor. ¡Anoche tuve un sueño terrible! No puedo recordarlo, pero estoy casi segura de que si sales fuera sucederá en realidad.

Resulta doloroso confesar que Marlowe recibió aquella afirmación solemne con menor gravedad de la que correspondía a la naturaleza misteriosa de la calamidad presagiada. Para ser sinceros, se echó a reír.

—Intenta recordar —le dijo—. Quizá soñaste que Baby había perdido la facultad de hablar.

Aquella conjetura se la había sugerido, evidentemente, el hecho de que Baby, aferrándose al borde de la capa de caza del padre con sus diez deditos gordiflones, estaba expresando en ese momento lo que le provocaba la situación con una serie de exultantes «gu-gus» inspirados por el gorro de piel de mapache del padre.

La mujer cedió: como carecía de sentido del humor, no pudo ofrecer resistencia a las bromas amables de su marido. Por tanto, después de besar a la madre y a la hija, salió de la casa cerrando para siempre la puerta a la felicidad.

Al caer la noche no había regresado. La mujer preparó la cena y aguardó.

Después acostó a Baby y le cantó suavemente hasta que se durmió. Para entonces, el fuego del hogar sobre el que había cocinado la cena se había apagado y la habitación estaba iluminada por una sola vela. La colocó en la ventana abierta como señal de bienvenida al cazador, por si acaso se aproximaba por ese lado. Precavidamente había cerrado y colocado la barra en la puerta contra los animales salvajes que pudieran preferirla a una ventana abierta; en cuanto a las costumbres de los animales de presa de entrar en una casa sin ser invitados, no estaba bien informada, pero con auténtica previsión femenina había considerado la posibilidad de que lo hicieran por la chimenea. Conforme avanzaba la noche no fue sintiéndose menos ansiosa, pero sí más somnolienta, y finalmente apoyó los brazos en la cama junto a la hija y reposó la cabeza sobre ellos. La vela de la ventana se quemó hasta el candelero, chisporroteó y llameó un momento y se apagó sin que nadie la viera, pues la mujer dormía y estaba soñando.

En el sueño se encontraba sentada junto a la cuna de una segunda hija. La primera había muerto. El padre había muerto. La casa del bosque se había perdido y el lugar donde vivía no le resultaba familiar. Tenía unas pesadas puertas de roble que estaban siempre cerradas, y por el lado exterior de las ventanas, incrustadas en los gruesos muros de piedra, había barras de hierro que evidentemente (así lo pensó ella) estaban puestas allí contra los indios. Todo aquello lo percibió con una infinita piedad hacia ella misma, pero sin sorpresa: una emoción que resulta desconocida en los sueños. El cobertor impedía ver a la niña que estaba en la cuna, pero algo le impulsó a apartarlo. Lo hizo así y quedó al descubierto el rostro de un animal salvaje. Despertó del sueño con el sobresalto de aquella revelación temible temblando en la oscuridad de su cabaña del bosque.

Recuperando lentamente el sentido de lo que la rodeaba realmente, tocó a la niña real y se aseguró de que respiraba y estaba bien; pero no pudo evitar pasarle ligeramente una mano por el rostro.

Después, movida por algún impulso que probablemente no habría podido explicar, se levantó, tomó en sus brazos al bebé dormido y lo apretó contra el pecho. La mujer se dio entonces la vuelta hacia la pared junto a la que se encontraba la cabecera de la cuna y, al levantar la mirada, vio dos objetos brillantes que producían un resplandor verde-rojizo en la oscuridad. Los tomó por dos carbones del hogar, pero al recuperar el sentido de la dirección cobró conciencia, con inquietud, de que no se encontraban en esa zona de la habitación, sino que estaban demasiado elevados, casi al nivel de su mirada... de su propia mirada. Pues eran los ojos de una pantera.

El animal se encontraba en la ventana abierta que tenía enfrente, a menos de cinco pasos. Lo único que podía verse era aquellos ojos terribles, pero en el tumulto angustiado de sus sentimientos, cuando comprendió la situación, supo,

de alguna manera, que el animal se encontraba apoyado en sus cuartos traseros, con las patas delanteras sobre la repisa de la ventana. Aquello significaba un interés maligno, y no una simple gratificación de una curiosidad indolente. La conciencia de su actitud fue un horror añadido que acentuó la amenaza de aquellos ojos terribles, en cuyo fuego firme se consumieron totalmente la fuerza y el valor de la mujer. Mientras se interrogaba a sí misma en silencio, se estremeció y se sintió enferma. Le fallaron las rodillas y gradualmente, tratando de evitar instintivamente un movimiento repentino que provocara a la bestia a lanzarse sobre ella, fue agachándose, se apoyó en la pared y trató de proteger al bebé con su cuerpo tembloroso sin apartar la mirada de las esferas luminosas que la estaban matando. En su dolor, ni siquiera pensó en la llegada de su esposo: no tenía ninguna esperanza o sugerencia de que pudiera escapar o la rescataran. Su capacidad de pensar y sentir se había reducido a las dimensiones de una sola emoción: el miedo al salto del animal, al impacto de su cuerpo, al golpe de sus grandes patas, al contacto de sus dientes en la garganta, al que devorara a su bebé. Totalmente inmóvil y en absoluto silencio, aguardó su destino mientras los momentos se convertían en horas, en años, en eras; pero durante todo aquel tiempo, aquellos ojos diabólicos mantuvieron la vigilancia.

Al regresar tarde a su cabaña aquella noche, con un ciervo sobre los hombros, Charles Marlowe intentó abrir la puerta, pero ésta no cedió. Llamó y no obtuvo respuesta. Dejó el ciervo en el suelo y rodeó la cabaña para dirigirse a la ventana; al dar la vuelta a la esquina creyó oír el sonido de unos pasos sigilosos y unos crujidos en el matorral del bosque, pero eran demasiado ligeros para estar seguro de ello, a pesar de que su oído era muy fino. Se acercó a la ventana y se sorprendió de encontrarla abierta, pero pasó una pierna por encima de la repisa y entró en la cabaña. Todo era oscuridad y silencio. Se abrió camino hasta el hogar, encendió una cerilla y prendió una vela. Miró entonces a su alrededor y vio a su esposa acobardada en el suelo, apoyada en la pared, aferrando a la niña. Cuando corrió hacia ella, ésta se levantó y rompió a reír, con una risa prolongada, fuerte y mecánica, desprovista de alegría y de sentido: ese tipo de risa que se asemeja al rechinar metálico de una cadena. Sin darse cuenta de lo que hacía, extendió los brazos hacia ella. Seguía sosteniendo el bebé, pero estaba muerto: la fuerza del abrazo de la madre había sido mortal.

La teoría de la defensa

Eso fue lo que sucedió una noche en un bosque, pero Irene Marlowe no se lo contó todo a Jenner Brading: ella misma no lo sabía todo. Cuando hubo concluido la narración, el sol estaba por debajo del horizonte y el prolongado

crepúsculo del verano había empezado a profundizar en las hondonadas de la tierra. Brading guardó silencio unos momentos, pues esperaba que el relato prosiguiera con alguna relación concreta con la conversación que lo había iniciado; pero la narradora permanecía tan silenciosa como él, con el rostro apartado, enlazando y soltando las manos que tenía sobre su regazo, como una sugerencia singular de una actividad que fuera independiente de su voluntad.

—Es una historia triste, terrible —observó por fin Brading—, pero no la entiendo. Dices que Charles Marlowe es tu padre; y eso lo sé. Que envejeció antes de tiempo, destrozado por alguna gran pena; lo he visto o creí haberlo visto. Pero perdona que no entienda el que digas que tú... que tú...

—Que estoy loca —contestó ella sin el menor movimiento de la cabeza o el cuerpo.

—Pero Irene, dices... por favor, querida, no apartes la vista de mí: dices que la niña murió, no que se volvió loca.

—Ciertamente, esa niña: yo soy la segunda. Nací tres meses después de aquella noche, pues la piedad permitió a mi madre vivir hasta que me dio la vida a mí.

Brading volvió a guardar silencio; se sentía algo aturdido y no se le ocurría nada adecuado que decir. Ella seguía teniendo el rostro apartado. En su confusión, él fue a tomar impulsivamente las manos que ella cerraba y abría en el regazo, pero algo, aunque no supo qué, le retuvo. Recordó entonces, vagamente, que nunca la había cogido de la mano.

—¿Es probable que una persona nacida en esas circunstancias sea como las demás... como las que se consideran cuerdas?

Brading no respondió; le preocupaba un nuevo pensamiento que estaba tomando forma en su mente: lo que un científico habría llamado una hipótesis, y un detective una teoría. Podía arrojar una luz adicional, aunque bastante fantástica, acerca de las dudas sobre la cordura de ella que no había despejado con su relato.

El país era todavía nuevo, y fuera de los pueblos estaba escasamente poblado. El cazador profesional seguía siendo una figura habitual que tenía entre sus trofeos las cabezas y las pieles de las piezas de caza mas grandes. Los relatos diversamente creíbles acerca de encuentros nocturnos con animales salvajes en caminos solitarios eran corrientes, pasaban por las fases habituales de crecimiento y decadencia, y terminaban por ser olvidados. Una adición reciente a esos apócrifos populares, que parecía haberse originado por generación espontánea en varios hogares, era el de una pantera que había asustado a algunos miembros de la familia mirándoles por la noche desde una ventana. El cuento había provocado su pequeña oleada de excitación: incluso había alcanzado la distinción de ocupar un espacio en un periódico local. Brading no le

había prestado atención, pero la semejanza con la historia que acababa de escuchar le impresionó de una manera que era algo más que accidental. ¿No era posible que una historia hubiera sugerido la otra: que al encontrar las condiciones apropiadas en una mente morbosa y una fantasía fértil hubiera ido creciendo hasta convertirse en el relato trágico que había escuchado?

Brading recordó determinadas circunstancias de la historia y el temperamento de la joven, a las que hasta entonces no había prestado atención por la falta de curiosidad del enamorado: la vida solitaria que llevaba con su padre, en cuya casa, por lo visto, nadie era aceptado como visitante, o el extraño miedo a la noche con el que aquellos que mejor la conocían explicaban el que nunca se la viera después de oscurecer. Seguramente, en una mente así la imaginación habría ardido con una llama ingobernable, penetrando y envolviendo la estructura entera. De que estaba loca no le cabía ya ninguna duda, aunque esa convicción le produjera el dolor más agudo; simplemente había confundido erróneamente el efecto de su trastorno mental con su causa, poniendo en relación imaginaria con su propia personalidad las extravagancias de los creadores de mitos del lugar. Con la intención vaga de poner a prueba su nueva «teoría», pero sin ninguna idea concreta de cómo hacerlo, dijo gravemente, aunque vacilante:

—Irene, amor mío, quiero que me digas... te ruego que no te ofendas, pero dime...

—Ya te lo he dicho —le interrumpió ella hablando con una ansiedad apasionada que él nunca le había escuchado—: ya te he dicho por qué no podemos casarnos. ¿Hay algo más que merezca la pena decir?

Antes de que pudiera detenerla, se había levantado de un salto del banco, y sin ninguna palabra o mirada se deslizó entre los árboles hacia la casa de su padre. Brading se había levantado para retenerla; pero se quedó en pie, observándola en silencio, hasta que se desvaneció en la penumbra. De pronto se sobresaltó como si le hubieran disparado; su rostro adoptó una expresión de asombro y alarma: ¡en una de las sombras negras por la que había desaparecido ella, Brading captó un vislumbre rápido y breve de unos ojos brillantes! Por un instante permaneció asombrado y falto de resolución, pero enseguida se lanzó al bosque tras ella, gritando:

—¡Cuidado, Irene, cuidado! ¡La pantera! ¡La pantera!

Un momento después había cruzado la franja boscosa y llegado a campo abierto, a tiempo para ver cómo la falda gris de la joven desaparecía tras la puerta de su padre. No se veía por allí pantera alguna.

Una apelación a la conciencia de Dios

El abogado Jenner Brading tenía su casa de campo en las afueras de la ciudad. Justo detrás de ella estaba el bosque. Como era soltero y, por tanto, el draconiano código moral de la época y el lugar le negaba los servicios de la única especie de ayuda doméstica que se conocía por allí, la «joven contratada», se alojaba en el hotel del pueblo, donde tenía también su despacho. La casa que tenía junto al bosque era simplemente un alojamiento que mantenía, desde luego sin grandes costos, como muestra de prosperidad y respetabilidad. Era poco adecuado que aquel a quien un periódico local había señalado con orgullo como «el principal jurista de su tiempo» careciera de hogar, aunque a veces él sospechara que los términos «hogar» y «casa» no eran estrictamente sinónimos.

Ciertamente, su conciencia de esa disparidad, y su voluntad de armonizarla, fueron asuntos de deducción lógica, pues era sabido de manera general que poco después de construirse la casa su propietario había hecho un intento inútil de casarse: en realidad había llegado hasta el punto de ser rechazado por la hermosa pero excéntrica hija del anciano Marlowe, el recluso. Esto era del dominio público, y resultaba creíble porque lo había contado él mismo, y no ella, lo que era una inversión del orden habitual de las cosas y por tanto no podía dejar de resultar convincente.

El dormitorio de Brading se encontraba en la parte posterior de la casa, con una sola ventana que daba al bosque. Una noche le despertó un ruido en la ventana; apenas pudo saber de qué se trataba. Con una pequeña conmoción nerviosa, se sentó en la cama y cogió el revólver que, con una previsión más apropiada en alguien que tuviera la costumbre de dormir en el suelo con la ventana abierta, había puesto bajo la almohada. La habitación se encontraba en una oscuridad total, pero no sintiéndose aterrado, supo adónde dirigir la mirada, y aguardó en silencio lo que pudiera suceder. Pudo discernir entonces oscuramente cómo se abría una zona en la que la oscuridad se volvía más ligera. Después, en el borde inferior, aparecieron dos ojos relucientes que ardían con un brillo maligno que producía un terror inexpresable. A Brading el corazón le dio un vuelco y luego pareció quedársele inmóvil. Un escalofrío recorrió su columna y los cabellos; sintió que la sangre abandonaba sus mejillas. No fue capaz de gritar, ni para salvar su vida; como era hombre de coraje, no lo habría hecho, ni para salvar la vida, aunque hubiera sido capaz de ello. Pudo sentir cierto temblor en su cuerpo cobarde, pero su espíritu era de un material más duro. Lentamente, los ojos brillantes se elevaron con un movimiento que parecía de aproximación; y lentamente también, la mano derecha de Brading sostuvo la pistola. ¡Disparó!

Cegado por el destello y aturdido por el hecho, sin embargo Brading escuchó, o creyó escuchar, el grito salvaje y profundo de la pantera, aunque le pareció sonar muy humano y le sugirió algo diabólico. Saliendo de la cama de un

salto, se vistió rápidamente y, con la pistola en la mano, salió por la puerta y se encontró con dos o tres hombres que llegaban corriendo desde la carretera. Tras una cuidadosa búsqueda por la casa, les dio una breve explicación. La hierba estaba húmeda por el rocío, y bajo la ventana se veía un trecho pisoteado que formaba un rastro sinuoso, visible bajo la luz de una linterna, y que se dirigía hacia los arbustos.

Uno de los hombres tropezó y cayó sobre las manos; al levantarse y frotarlas se dio cuenta de que estaban resbaladizas. Al examinarlas vieron que estaban enrojecidas con sangre.

El encuentro con una pantera herida, sin ir armados, no era del agrado de ninguno; todos se dieron la vuelta, salvo Brading. Éste, llevando una linterna y la pistola, se introdujo valientemente en el bosque. Tras cruzar una zona difícil por el matorral bajo, llegó a un pequeño claro y allí encontró recompensa a su valor, pues vio el cuerpo de su víctima. Pero no era una pantera.

Eso es lo que se ha contado, incluso hasta el día de hoy, junto a una lápida gastada por el tiempo del cementerio del pueblo, y durante muchos años, así lo atestiguó diariamente junto a la tumba la figura encorvada y de rostro apenado del anciano Marlowe, a cuya alma, y a la de su extraña e infeliz hija, la lápida desea paz. Paz y reparación.

Un Vagabundo Infantil

Difícilmente habría admirado usted al pequeño Jo si lo hubiera visto de pie en la esquina de una calle bajo la lluvia. Aparentemente se trataba de una tormenta otoñal ordinaria, pero el agua que caía sobre Jo (que no era lo bastante mayor para ser justo o injusto, por lo que quizás no entrara bajo la ley de la distribución imparcial) parecía tener una propiedad peculiar: uno diría que era oscura y adhesiva; pegajosa. Pero resulta difícil que fuera así, incluso en Blackburg, donde ocurrían algunas cosas que se salían bastante de lo común.

Por ejemplo, diez o doce años antes había caído una lluvia de ranas pequeñas, tal como atestiguó creíblemente una crónica contemporánea, que concluía con una afirmación, algo oscura, en el sentido de que el cronista consideraba que significaba un buen momento para el progreso de los franceses.

Años más tarde había caído sobre Blackburg una nevada carmesí; en Blackburg hace frío durante el invierno y las nevadas son frecuentes y copiosas. Mas no cabía ninguna duda al respecto: en aquel caso la nieve tenía el color de la sangre y al fundirse en agua seguía manteniendo esa tonalidad, aunque fuera agua y no sangre. El fenómeno había atraído una amplia atención y la ciencia había dado tantas explicaciones como científicos hubo que se preocuparon por ello, sin llegar a saber nada. Pero los hombres de Blackburg —hombres que durante muchos años habían vivido precisamente donde cayó la nieve roja, y podía suponerse que sabían mucho sobre el asunto— sacudieron la cabeza y dijeron que algo iba a pasar.

Y algo pasó, pues el verano siguiente fue memorable por la prevalencia de una enfermedad misteriosa —epidémica, endémica o Dios sabrá qué, porque los médicos no lo supieron— que se llevó a la mitad de la población. La mayor parte de la otra mitad se había alejado voluntariamente de la ciudad, y empezaron a retornar lentamente, y finalmente lo hicieron todos, y se entregaron a crecer y multiplicarse como antes, aunque desde entonces Blackburg no ha llegado a ser la misma.

De un tipo muy distinto, aunque igualmente «fuera de lo común» fue el incidente del fantasma de Hetty Parlow. El nombre de soltera de Hetty Parlow había sido Brownon, que en Blackburg significaba más de lo que uno podría pensar.

Desde tiempo inmemorial, desde los primerísimos días de los antiguos tiempos coloniales, los Brownon habían sido la familia principal de la ciudad.

Eran los más ricos y los mejores, hasta el punto de que Blackburg habría derramado hasta la última gota de su sangre plebeya defendiendo la justa fama de los Brownon. Que se supiera, muy pocos miembros de esa familia vivieron permanentemente lejos de Blackburg, aunque casi todos se habían educado en otro lugar y habían viajado lo suyo, por lo que el número de miembros de la familia era abundante. Los hombres se encargaban de la mayor parte de las funciones públicas, mientras las mujeres se dedicaban primordialmente a las buenas obras. De estas últimas, Hetty era la más amada por la dulzura de su disposición, la pureza de su carácter y su singular belleza personal. Se casó en Boston con un joven bribón llamado Parlow y, como una buena Brownon, lo llevó inmediatamente a Blackburg, haciendo de él un hombre y un consejero municipal. Tuvieron un hijo al que pusieron de nombre Joseph y al que amaron tiernamente, como acostumbraban a hacer entonces los padres de toda aquella región.

Murieron después de la misteriosa enfermedad ya mencionada, por lo que a la edad de un año Joseph quedó huérfano.

Por desgracia para Joseph, la enfermedad que le dejó sin padres no se conformó con eso; acabó prácticamente con todo el contingente de Brownon y sus aliados por matrimonio; y los que huyeron, no regresaron. Rota la tradición, los bienes raíces de los Brownon pasaron a manos extrañas y los únicos Brownon que quedaron en aquel lugar estaban bajo tierra en el Cementerio de la Colina del Roble, donde ciertamente había una colonia de ellos lo bastante poderosa como para resistirse a la invasión de las tribus que les rodeaban y retener la parte mejor de aquellos terrenos. Pero volvamos al fantasma:

Una noche, unos tres años después de la muerte de Hetty Parlow, varios jóvenes de Blackburg pasaron en un carro junto al Cementerio de la Colina del Roble; si el lector ha estado allí, recordará que la carretera que conduce a Greenton bordea su perímetro meridional. Habían asistido a una fiesta del día de mayo en Greenton; eso nos sirve para fijar la fecha. En total debían de ser una docena, y formaban un grupo bien alegre, si tenemos en cuenta el legado de tristeza que habían dejado las recientes y sombrías experiencias de la ciudad. Al pasar por el Cementerio, el que conducía el carro tiró de pronto de las riendas lanzando una exclamación de sorpresa. Sin duda había motivos suficientes para la sorpresa, pues delante de ellos, casi al lado de la carretera, aunque por la parte interior del cementerio, estaba el fantasma de Hetty Parlow. Nadie dudó al respecto, pues la habían conocido personalmente todos los jóvenes y doncellas del grupo. Aquello sirvió para establecer la identidad del fantasma; su carácter de fantasma se significó con todos los signos habituales —el sudario, el cabello largo y despeinado, la «mirada perdida»... es decir, todo. La inquietante aparición extendía los brazos hacia el oeste, como si estuviera suplicando al lucero de la tarde, que aunque era

ciertamente atractivo resultaba a todas luces inalcanzable. Mientras permanecieron sentados y en silencio (así lo cuenta la historia), todos los miembros de aquel grupo de juerguistas —aunque sólo se habían alegrado con café y limonada— escucharon claramente al fantasma gritar el nombre de Joey. Un momento después, allí no había nadie. Evidentemente, nadie está obligado a creer todo esto.

Ahora bien, en ese momento, tal como se averiguó más tarde, Joey deambulaba por entre unos matorrales de artemisa al otro lado del continente, cerca de Winnemucca, en el estado de Nevada. Lo habían llevado a esa ciudad unas buenas personas, que eran parientes lejanos de su fallecido padre, y le habían adoptado y atendido tiernamente. Pero aquella tarde el pobre niño se había alejado de su casa y se encontraba perdido en el desierto.

Su historia posterior está inmersa en la oscuridad y tiene vacíos que sólo podemos llenar con conjeturas. Se sabe que fue encontrado por una familia de indios piute, que se quedaron con el infortunado pequeño durante algún tiempo y luego lo vendieron; lo vendieron realmente por dinero a una mujer que iba en un tren hacia el este, en una estación bastante alejada de Winnemucca. Se asegura que la mujer hizo todo tipo de investigaciones, pero en vano, por lo que, como era viuda y no tenía hijos, lo adoptó. En este punto de su historia da la impresión de que Jo se aleja bastante de su condición de huérfano; la interposición de una multitud de padres entre él mismo y ese infortunado estado le prometía una prolongada inmunidad con respecto a sus desventajas.

Su madre más reciente, la señora Darnell, vivía en Cleveland, Ohio. Pero no permaneció mucho con ella su hijo adoptivo. Una tarde, un policía que era nuevo en la ronda por aquella zona, lo vio alejándose deliberadamente de su casa, y al interrogarle el niño respondió que «volvía a su hogar». Debió viajar en tren, pues tres días más tarde se encontraba en la ciudad de Whiteville, que como el lector sabe está muy lejos de Blackburg. Sus ropas se encontraban en bastante buenas condiciones, pero él estaba terriblemente sucio. Incapaz de explicarlo, fue detenido por vago y sentenciado a prisión en el Hogar Refugio de Niños, donde le lavaron.

Jo escapó del Hogar Refugio de Niños de Whiteville internándose en el bosque, por lo que el Hogar no volvió a saber nunca de él.

Volvemos a encontrarle, o más bien lo recuperamos, desamparado bajo la fría lluvia otoñal en la esquina de una calle de un barrio de Blackburg; en estos momentos parece adecuado explicar que las gotas de lluvia que caían sobre él no eran en realidad ni oscuras ni pegajosas; lo único que sucedía es que no servían para que su rostro y manos dejaran de estar menos negros ni viscosos. Pues lo cierto es que Jo estaba terrible y maravillosamente manchado, como si hubiera salido de la mano de un artista. Además, el pequeño y desamparado vagabundo

no tenía zapatos, por lo que sus pies estaban descalzos, rojizos e hinchados, y al caminar cojeaba de ambos. En cuanto a la ropa... ah, no creo que el lector tuviera capacidad de describir ni una sola de las prendas que llevaba, o decir por qué acto de magia se mantenían encima de él.

Estaba absolutamente helado, lo que no admitía duda alguna; y él mismo lo sabía. Cualquiera hubiera tenido frío allí aquella tarde; pero ésa era también la razón de que no hubiera nadie allí. Cómo había llegado hasta allí él mismo no podría haberlo dicho ni por la escasa y vacilante vida que le quedaba, aunque hubiera estado dotado de un vocabulario que excediera de las cien palabras. Pero por la manera en que miraba a su alrededor cualquiera se hubiera dado cuenta de que no tenía la menor idea de dónde estaba (ni por qué).

Sin embargo, no era tonto del todo para su edad y generación; como tenía frío y hambre, y todavía era capaz de caminar un poco doblando mucho las rodillas y apoyando primero los dedos de los pies, decidió entrar en una de las casas que había a largos intervalos a un lado de la calle y que parecía tan iluminada y caliente. Mas cuando intentó llevar a cabo tan sensata decisión, se presentó un fornido perro que tiraba de una cadena y le disputó su derecho. Aterrado, y creyendo sin duda (con cierta razón) que los que son brutos por fuera tienen una brutalidad interior, se alejó cojeando de todas las casas y, como tenía a su derecha campos grises y húmedos, y a su izquierda campos húmedos y grises, y como la lluvia casi le cegaba y la noche venía envuelta en niebla y oscuridad, tomó el camino que conduce a Greenton. Es decir, el camino que lleva a Greenton a los que consiguen dejar atrás el Cementerio de la Colina del Roble. Pero todos los años había un número considerable de personas que no lo conseguían.

Jo no lo logró.

Le encontraron a la mañana siguiente muy húmedo, muy frío, pero ya sin hambre. Por lo visto había cruzado la puerta del Cementerio —esperando quizás que condujera a una casa que no tuviera perro—, lo recorrió torpemente en la oscuridad, cayó sobre muchas tumbas, sin duda, hasta que se cansó de todo y se abandonó. El pequeño cuerpo yacía de costado, con una mejilla manchada apoyada en una mano sucia, y la otra mano metida entre los harapos para calentarla, mientras la mejilla restante estaba por fin limpia y blanca, como si la hubiera besado uno de los ángeles de Dios. Se observó que el pobrecillo yacía sobre la tumba de Hetty Parlow, aunque en aquel momento no se pensó que aquello significara nada, pues el cuerpo todavía no había sido identificado. Pero la tumba no se abrió para recibirle. Uno desearía, sin llegar a ser irreverente, que esa circunstancia hubiera sido distinta.

El Entorno Conveniente

La noche

Una noche de mediados de verano, el hijo de un granjero que vivía a unos veinte kilómetros de la ciudad de Cincinnati, cruzaba un bosque denso y oscuro siguiendo un camino de herradura. Se había desorientado mientras buscaba unas vacas perdidas, y cerca ya de la medianoche se encontraba muy lejos de su casa, en una zona con la que no estaba familiarizado. Pero era un joven valiente y, como conocía la dirección aproximada en la que se hallaba su casa, se metió en el bosque sin vacilar, guiado por las estrellas. Al encontrarse, el camino de herradura y observar que iba en la dirección correcta, lo siguió.

La noche era clara, pero en el bosque estaba todo muy oscuro. El muchacho se mantenía en el camino más por el sentido del tacto que por el de la vista. La verdad es que no era fácil perderse, pues los matorrales de ambos lados eran tan espesos que resultaban casi impenetrables. Se había introducido ya en el bosque unos dos kilómetros cuando se sorprendió al ver un débil rayo de luz que brillaba a través del follaje que bordeaba el camino por el lado izquierdo. Ver aquello le sorprendió e hizo que su corazón empezara a latir poderosamente.

—La casa del viejo Breede debe estar por aquí —dijo para sí mismo—. Éste debe ser el otro lado del camino por el que llegamos a ella desde nuestra casa. ¿Pero qué será esa luz encendida?

Sin embargo, siguió adelante. Al cabo de un momento había salido del bosque y había entrado en un pequeño claro en el que crecían sobre todo zarzales. Había restos de una valla podrida. A unos metros del sendero, en mitad del «claro», estaba la casa de la que procedía la luz a través de una ventana sin cristal. Lo había tenido en otro tiempo, pero hacía ya mucho que tanto éste como el marco que lo sujetaba había cedido a las piedras lanzadas por manos de muchachos aventureros que gustaban de poner a prueba tanto su valor como su hostilidad hacia lo sobrenatural; pues la casa Breede tenía fama de estar hechizada. Posiblemente no fuera así, pero hasta el más escéptico no podría negar que estaba desierta; lo que en las zonas rurales viene a ser lo mismo.

Al contemplar la misteriosa y débil luz que salía de la ventana en ruinas, el muchacho recordó con aprensión que su propia mano había ayudado a su destrucción. Lo patético de su arrepentimiento estaba en proporción con su tardanza e ineficacia. Casi esperaba que se lanzaran contra él todas las malevolencias ultraterrenas e incorpóreas a las que había ultrajado ayudando a

romper sus ventanas y su paz. Pero este tenaz muchacho, sacudiendo todos sus miembros, no se retiró. La sangre de sus venas era fuerte y estaba enriquecida con el hiedo de los hombres de la frontera. Pertenecía a aquella raza que, dos generaciones atrás, había sometido al indio. Se dispuso a pasar junto a la casa.

Cuando estaba haciéndolo, miró por el espacio vacío de la ventana y contempló algo extraño y aterrador: la figura de un hombre sentado en el centro de la habitación, en una mesa sobre la que había unas hojas sueltas de papel. Tenía apoyados los codos en la mesa, sujetándose con las manos la cabeza, que llevaba descubierta. A cada lado, los dedos se introducían en los cabellos. A la luz de la única vela, que estaba un poco lejos, su rostro parecía de un amarillo mortal. La llama iluminaba ese lado del rostro, y el otro estaba en una sombra profunda. Los ojos del hombre estaban fijos en el espacio vacío de la ventana, con una mirada en la que un observador de más edad y más brío habría discernido algo de aprensión, pero que al muchacho le pareció que carecía totalmente de alma. Creyó que aquel hombre estaba muerto.

La situación era horrible, pero no carecía de fascinación. El muchacho se detuvo para fijarse en todo. Se sentía débil y tembloroso; podía sentir que la sangre se le retiraba del rostro. Sin embargo, apretó los dientes y avanzó con resolución hacia la casa. No tenía ninguna intención consciente: era el simple valor que da el terror. Metió su blanco rostro por la abertura iluminada y, en ese instante, un lamento extraño y agudo, un grito, rompió el silencio de la noche: el canto de una lechuza. El hombre se puso en pie de un salto, derribó la mesa y apagó la vela. El muchacho escapó.

El día anterior

—Buenos días, Colston. Parece que estoy de suerte. Siempre ha dicho usted que mis alabanzas de su obra literaria eran mera cortesía, pero aquí me encuentra absorbido, diría que sumergido, en su última historia aparecida en el *Messenger*. Si no llega a tocarme en el hombro, ni me habría dado cuenta de su presencia.

—La prueba es más poderosa de lo que usted parece entender —contestó el otro—. Es tan fuerte su deseo de leer mi historia que voluntariamente está renunciando a consideraciones egoístas y perdiendo todo el placer que podría obtener de ella.

—No le entiendo —contestó el primero plegando el periódico que sostenía y metiéndolo en el bolsillo—. De todas maneras ustedes, los escritores, son bastante raros. A ver, dígame lo que he hecho o dejado de hacer en este asunto. ¿En qué medida depende de mí el placer que obtengo, o podría obtener, de su

obra?

—De muchas maneras. Permítame preguntarle si disfrutaría mucho de su desayuno si lo tomara en este coche público en la calle. Supongamos que el fonógrafo se ha perfeccionado tanto que puede darle una ópera entera: canto, orquestación y todo lo demás; ¿cree usted que le proporcionaría mucho placer si lo pusiera en marcha en el despacho mientras trabaja? ¿Importa realmente una serenata de Schubert cuando la escucha interpretada por un italiano inoportuno en un transbordador matinal? ¿Está siempre preparado y dispuesto para el placer? ¿Mantiene todos los estados de ánimo a su disposición, listos para cualquier demanda?

¡Permítame, señor, que le recuerde que la historia que me ha hecho el honor de empezar, como una manera de olvidarse de la incomodidad de este coche, es una historia de fantasmas!

—¿Y bien?

—¿Cómo que y bien? ¿Es que el lector no tiene deberes que se corresponden con sus privilegios? Usted ha pagado cinco centavos por ese periódico. Es suyo. Tiene el derecho a leerlo donde y cuando quiera. Gran parte de lo que contiene no se ve afectada, ni para bien ni para mal, por el momento, el lugar o el estado de ánimo; una parte exige en realidad que se lea enseguida: mientras se encuentra en efervescencia. Pero mi historia no tiene ese carácter. No es «lo último» de Fantasmalandia. No se espera de usted que esté *au courant* de lo que está sucediendo en la esfera de los espectros. La historia se conservará hasta que tenga usted tiempo para introducirse en el marco mental apropiado para el sentimiento de lo escrito; y respetuosamente opino que no podrá conseguirlo en un coche público, aunque sea el único pasajero. Ese tipo de soledad no es la adecuada. Un autor tiene sus derechos, que el lector está obligado a respetar.

—¿Puede darme un ejemplo concreto?

—El derecho a la atención continuada del lector. Negárselo es inmoral. Compartir su atención con el traqueteo de un coche, con el móvil panorama de las multitudes por las aceras y de los edificios al otro lado —con cualquiera de las miles de distracciones de nuestro entorno habitual— es tratar al autor con grave injusticia. ¡Dios mío, es algo infame!

El que así hablaba se había puesto en pie y se sujetaba gracias a una de las cintas de cuero que colgaban del techo del coche. El otro hombre levantó la mirada y le contempló con repentino asombro, preguntándose si un agravio tan trivial podía justificar un lenguaje tan fuerte. Vio que el rostro de su amigo estaba inhabitualmente pálido y que sus ojos brillaban como carbones encendidos.

—Sabe a qué me refiero —siguió diciendo el autor, amontonando impetuosamente sus palabras—. Sabe perfectamente lo que quiero decir, señor

Marsh. Mi historia aparecida en el *Messenger* de esta mañana está claramente subtitulada como «Una historia de fantasmas»; lo bastante grande como para que todos lo vean. Todo lector honorable entenderá con ello las condiciones en las que ha de leerse la obra.

El hombre al que se habían dirigido con el nombre de Marsh parpadeó un poco antes de preguntar con una sonrisa:

—¿Qué condiciones? Sabe usted que sólo soy un sencillo hombre de negocios y no se supone que deba entender de tales cosas. ¿Cómo, cuándo y dónde debería leer su historia de fantasmas?

—En soledad, por la noche, a la luz de una vela. Hay ciertas emociones que un escritor puede provocar con bastante facilidad: como la compasión o la alegría. Puedo conmoverle hasta las lágrimas o la risa casi bajo cualquier circunstancia. Pero para que mi historia de fantasmas sea efectiva debe disponerse a sentir miedo, por lo menos una poderosa sensación de lo sobrenatural, y eso ya es más difícil. Tengo derecho a esperar de usted que si quiere leerme me dé una posibilidad; que usted mismo se predisponga y se vuelva accesible a la emoción que trato de inspirar.

El coche había llegado ya a su destino y se detuvo. Acababa de completar el primer viaje del día y la conversación de los dos primeros pasajeros no había sido interrumpida. Las calles se encontraban todavía silenciosas y desoladas; las azoteas de las casas empezaban a ser rozadas por el sol naciente. Cuando se bajaron del coche y se marcharon caminando juntos, Marsh contempló atentamente a su compañero, del que se decía que era adicto, como casi todos los hombres de capacidad literaria poco frecuente, a diversos vicios destructivos. Ésa es la venganza que las mentes oscuras suelen cobrarse contra las más brillantes, por el resentimiento que les causa la superioridad de estas últimas. Se reconocía que el señor Colston era un hombre genial. Hay almas honestas que creen que la genialidad es un tipo de exceso. Se sabía que Colston no bebía alcohol, pero muchos decían que tomaba opio. Había algo en su aspecto de aquella mañana — un cierto salvajismo en la mirada, una palidez inusual, una manera de hablar rápida e impulsiva— que al señor Marsh le confirmó ese informe. Sin embargo, no era dado a abandonar un tema que le resultaba interesante, por mucho que excitara a su amigo.

—¿Quiere decir entonces que si me tomo la molestia de observar sus directrices —situarme en las condiciones que usted exige: soledad, nocturnidad y una vela de sebo— puede darme con su oro fantasmal un sentimiento incómodo de lo sobrenatural, tal como lo expresó? ¿Puede acelerar mis pulsaciones, que me sobresalte por los ruidos repentinos, transmitir una corriente fría y nerviosa por mi columna y hacer que se me erice el cabello?

Colston se volvió repentinamente hacia él y, sin dejar de caminar, le miró

fijamente a los ojos.

—No se atrevería... no tendría usted el valor suficiente —dijo enfatizando las palabras con un gesto de desprecio—. Es lo bastante valiente para leerme en un coche público, pero en una casa desierta... ¡solo... en el bosque... por la noche! ¡Bah! Tengo en mi bolsillo un manuscrito que le mataría.

Marsh se sintió colérico. Se consideraba un valiente y aquellas palabras le molestaron.

—Si conoce usted algún lugar semejante, lléveme allí esta noche y déjeme su historia y una vela. Vuelva a por mí cuando haya tenido tiempo suficiente para leerla, le contaré la trama entera y... le echaré de allí a patadas.

Así es como ocurrió que el hijo del granjero, al mirar por la ventana sin cristales de la casa Breede, vio a un hombre sentado a la luz de una vela.

El día siguiente

A última hora de la tarde del siguiente día, tres hombres y un muchacho se acercaron a la casa Breede por el mismo lugar por el que el joven había escapado la noche anterior. Los hombres estaban animados, reían y hablaban con voz potente. Hacían sobre la aventura del muchacho irónicos comentarios chistosos y humorísticos, pues era evidente que no le creían. El muchacho aceptaba sus bromas con seriedad y sin responderles. Tenía un sentido de lo apropiado de las cosas y sabía que el que afirma haber visto a un muerto levantarse de su silla y apagar una vela de un soplo no es un testigo creíble.

Como al llegar a la casa encontraron la puerta abierta, el grupo de investigadores entró sin ceremonial. Desde el pasillo principal se abría una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Entraron en la habitación de la izquierda: la que tenía la ventana vacía. Había allí el cadáver de un hombre.

Yacía sobre un costado, con el brazo debajo y la mejilla sobre el suelo. Sus ojos estaban muy abiertos y su mirada no resultaba agradable. Tenía abiertas las mandíbulas y un charquito de saliva se había formado bajo la boca. La habitación sólo contenía, aparte del cadáver, una mesa derribada, una vela parcialmente utilizada, una silla y un papel escrito. Todos contemplaron el cadáver y le tocaron el rostro por turnos. El muchacho se quedó en pie, en actitud grave, junto a la cabeza, asumiendo una actitud de propietario. Fue el momento de mayor orgullo de su vida. Uno de los hombres comentó que el chico había tenido razón, observación que fue recibida por los otros dos con asentimientos de aquiescencia. Era el escepticismo excusándose ante la verdad. Entonces, uno de los hombres cogió del suelo la hoja manuscrita y se dirigió hacia la ventana, pues ya las sombras de la tarde estaban oscureciendo el bosque. Se escuchó en la distancia el

canto de un chotacabras, mientras un abejorro monstruoso salió velozmente por la ventana batiendo estruendosamente las alas hasta que se perdió a lo lejos. El hombre que había cogido el papel lo leyó:

El manuscrito

«Antes de cometer el acto que, correcta o equivocadamente, he decidido, y presentándome ante mi Hacedor para ser juzgado, yo, James R. Colston, considero mi deber como periodista hacer una declaración pública. Creo que mi nombre es tolerablemente bien conocido por la gente como escritor de relatos trágicos, pero ni la más sombría imaginación concibió nunca nada tan trágico como mi propia vida e historia. No en los incidentes: mi vida ha estado desprovista de aventura y acción. Pero mi historia mental ha estado repleta de experiencias como el asesinato y la condenación. No las volveré a contar aquí: algunas de ellas están escritas y dispuestas a ser publicadas en diversos lugares. El objetivo de estas líneas es explicar a quien pueda estar interesado que mi muerte es voluntaria: es un acto que yo mismo he decidido. Moriré a las doce de la noche del quince de julio: un aniversario significativo para mí, pues en ese día y a esa hora mi amigo en el tiempo y la eternidad, Charles Breede, juró ante mí con el mismo acto que por su fidelidad a nuestra promesa ahora me obliga a mí. Se quitó la vida en su pequeña casa de los bosques de Copeton. Dieron el habitual veredicto de "locura temporal". Si hubiera testificado yo en la investigación, y hubiera dicho todo lo que sabía, ¡me habrían considerado loco!»

Venía después un pasaje más largo que el hombre leyó sólo para sí mismo. El resto, volvió a leerlo en voz alta.

«Me queda todavía una semana de vida para disponer mis asuntos mundanos y prepararme para el gran cambio. Es suficiente, pues mis asuntos son escasos y hace ya cuatro años que la muerte se convirtió para mí en una obligación imperativa.

»El escrito estará junto a mi cuerpo; ruego el favor, al que lo encuentre, de que lo entregue al juez.

»JAMES R. COLSTON

»*Posdata*: Willard Marsh, en este fatal día quince de julio, le he entregado este manuscrito para que sea abierto y leído en las condiciones acordadas y en el lugar que yo designé. Renuncio a mi intención de mantenerlo junto a mi cuerpo para explicar la forma de mi muerte, que no es importante. Servirá para explicar la forma de la suya. Tengo que ir a buscarle durante la noche para asegurarme de que ha leído el manuscrito. Me conoce lo suficiente para saber que acudiré. Pero

amigo mío, eso *será después de las doce de la noche*. ¡Que Dios tenga piedad de nuestras almas!

J. R. C.»

Antes de que el hombre que estaba leyendo el manuscrito lo hubiera terminado, habían recogido y encendido la vela. Cuando el lector terminó, acercó tranquilamente el papel a la llama y, a pesar de las protestas de los demás, lo sostuvo allí hasta que se convirtió en cenizas. El hombre que lo hizo, y que después aguantó plácidamente una severa reprimenda del juez, era un yerno del fallecido Charles Breede. En la investigación nadie pudo sacarle un relato inteligente de lo que contenía aquel papel.

De «The Times»

«Ayer, los comisionados del manicomio enviaron al asilo al señor James R. Colston, autor de cierta fama local relacionado con el *Messenger*. Se recordará que en la noche del día quince el señor Colston fue puesto bajo custodia por uno de sus compañeros de alojamiento de Baine House, quien había observado que actuaba muy sospechosamente, descubriéndose la garganta y afilando una cuchilla cuyo borde comprobaba de vez en cuando produciéndose cortes en la piel del brazo, etc. Al ser entregado a la policía, el infortunado presentó una desesperada resistencia, y desde entonces se ha mostrado tan violento que ha sido necesario ponerle una camisa de fuerza. Casi todos los demás estimados escritores contemporáneos de nuestro autor siguen en libertad.»

Visiones De La Noche

Tengo la convicción de que el don de los sueños es un valioso obsequio literario, pues, si con alguna técnica aún no descubierta pudiéramos captar, fijar y utilizar las insólitas imágenes que proporciona, tendríamos una literatura «muy por encima de lo corriente». Del mismo modo que los animales adiestrados adquieren nuevas capacidades y aptitudes, ese don podría mejorarse sensiblemente una vez capturado y domesticado. Con ello, doblaríamos las horas productivas y realizaríamos nuestra más fructífera labor mientras dormimos. Pero, incluso en las condiciones actuales, el mundo de los sueños es un terreno que produce rentas, tal y como demuestra «Kubla Khan».

¿Y qué es el sueño? Pues una desordenada disposición de recuerdos inconexos, una embrollada sucesión de pensamientos que una vez estuvieron presentes en la conciencia insomne. Es una resurrección de todos los muertos en tropel (pasados y recientes, justos e injustos) que, emergiendo de sus tumbas resquebrajadas «con las mismas ropas que llevaban en vida», corren desordenadamente para conseguir una audiencia del director de todo ese baile mientras se desgarran los vestidos unos a otros. Pero, ¿es que realmente hay un director? En absoluto; el que debía serlo renunció a su autoridad y la masa se ha apoderado de su voluntad. Murió, pero no resucita con los demás; su capacidad de juicio y de sorpresa ha desaparecido. Puede sentir dolor y alegría, terror y atracción, pero no asombro. Lo monstruoso, absurdo y antinatural se convierte entonces en sencillo, correcto y razonable. Ni lo ridículo divierte ni lo imposible desconcierta. El único poeta verdadero que encontramos es, pues, el soñador; en él «la imaginación es compacta».

Pero la imaginación no es otra cosa que recuerdo. Si no, intenta imaginar algo que nunca hayas visto, sentido, oído o leído. Prueba a concebir, por ejemplo, un animal que no tenga cuerpo, miembros o cola, o una casa sin paredes ni techo. Cuando estamos despiertos dirigimos y ordenamos nuestros pensamientos por medio de la voluntad y el juicio; seleccionamos y sacamos del almacén de los recuerdos aquello que nos sirve, y excluimos, no sin dificultad, lo que no nos interesa. Por el contrario, cuando dormimos nuestras fantasías «nos suceden». Aparecen tan agrupadas y mezcladas, tan impregnadas de sus mutuos elementos, que el conjunto parece nuevo; pero las viejas y conocidas unidades de pensamiento son las mismas. Tanto despiertos como dormidos, lo que sacamos de nuestra imaginación son nuevas combinaciones; «la materia de la que están

hechos los sueños» es reunida por los sentidos y almacenada en la memoria del mismo modo que las ardillas almacenan nueces. Pero hay al menos un sentido que no contribuye a la fábrica de los sueños: nadie ha soñado nunca un olor. La vista, el oído, el tacto, e incluso el gusto trabajan para asegurar nuestro entretenimiento nocturno; pero el sueño no tiene nariz. Sorprende que observadores tan sagaces como los antiguos poetas no describieran a la divinidad en actitud durmiente, y que sus obedientes siervos, los escultores, no la representaran. Puede que estos últimos, al trabajar para la posteridad, intuyeran que el tiempo y la fatalidad revisarían inevitablemente su obra, y por ello la conformaran a hechos naturales.

¿Quién es capaz de relatar un sueño de tal forma que lo parezca? No creo que exista un poeta con un estilo tan fino; es como intentar transcribir la música de un arpa eólica. Existe una especie conocida del género *Pelmazo* (*Penetrator intolerabilis*) que después de leer una narración —tal vez de algún gran escritor— se las ve y se las desea para exponer su argumento con el fin de instruir y deleitar. Al final considera (¡qué buen espíritu!) que no hace falta leerla. «Bajo condiciones y circunstancias sustancialmente semejantes» (como reza una ley que rige el comercio interestatal) yo no debería incurrir en una falta similar. Con todo, me propongo exponer en estas hojas la trama de algunos de mis propios sueños, si bien hay que tener en cuenta que aquí «las condiciones y circunstancias» son diferentes, pues mis fantasías no son accesibles al lector. Algunos fragmentos parecerán pobres y sé que al comentarlos no alcanzaré un gran éxito, pero he de reconocer que me resulta imposible apresar a un espíritu tan esquivo como éste.

Caminaba durante el crepúsculo por un enorme bosque de árboles antes nunca vistos, sin saber de dónde venía ni adónde iba. Sentí la desmesurada extensión de aquel lugar y me di cuenta de que estaba completamente solo. La idea de algún horrible hechizo, como castigo a un crimen olvidado que debía de haber cometido al amanecer, me obsesionaba. Avancé mecánicamente y sin esperanzas bajo los árboles siguiendo una senda que atravesaba las embrujadas soledades de la espesura. Un tenebroso arroyo cruzaba perezosamente mi camino: era sangre. Giré hacia la derecha y lo seguí durante un largo trecho; al cabo de un rato llegué a un abierto espacio circular, inundado por una luz tenue e irreal, en cuyo centro se podía reconocer un depósito de mármol blanco. Estaba lleno de sangre y el riachuelo que había seguido era su desagüe. En torno al depósito, entre él y el bosque circundante, había un espacio de unos dos pies de anchura cubierto por grandes losas de mármol sobre las que yacían unos veinte cuerpos humanos sin vida. Aunque no los conté, sabía que su número tenía alguna relación clara y portentosa con mi crimen. Posiblemente indicaba en

siglos la fecha en la que lo había cometido; la precisión de la cifra era pues evidente. Los cuerpos estaban desnudos y distribuidos simétricamente alrededor del tanque como si fueran los radios de una rueda: reposaban sobre la espalda con los pies hacia afuera, y sus cabezas, abatidas sobre el borde de la cubeta, mostraban un corte en la garganta del que brotaba sangre lentamente. Observé toda la escena sin hacer el menor movimiento. Era el resultado natural y necesario de mi pecado y, por ello, no me afectaba. Pero había algo que me llenaba de aprensión y temor, una pulsación monstruosa que tenía un ritmo lento e inexorable. No sé si se dirigía a alguno de mis sentidos o si llegaba directamente a mi conocimiento a través de algún camino desconocido para la ciencia. La lastimosa regularidad de su amplia cadencia era enloquecedora e invadía todo el bosque. Parecía la manifestación de un mal gigantesco e implacable.

No recuerdo nada más de este sueño. Dominado probablemente por el pánico *cuyo* origen debía de ser el malestar propio de una mala circulación sanguínea, grité y mi propia voz me despertó.

Este otro sueño aconteció en los primeros años de mi juventud. No tendría más de dieciséis años y, a pesar del tiempo transcurrido, recuerdo lo que en él ocurría con la misma claridad que cuando apenas había pasado una hora y yacía encogido de miedo bajo la colcha.

Me encontraba solo en una inmensa llanura y era de noche (en mis pesadillas siempre suelo estar solo y normalmente es de noche). No había árboles, ni ríos ni colinas, ni rastro alguno de presencia humana. El terreno estaba cubierto de una vegetación rala y oscura, una especie de rastros, que recordaba que la llanura había sido arrasada por el fuego. El camino por el que deambulaba mostraba algunos charcos que desaparecían y volvían a aparecer, como si al fuego le hubiera seguido la lluvia. Unos oscuros nubarrones desplazaban aquellas partes de cielo reflejadas en los charcos. Al desaparecer, daban paso al brillo acerado de los astros, a cuya luz álgida las aguas mostraban un lustre sombrío. Me dirigí hacia el oeste, donde un fulgor escarlata resplandecía en el horizonte bajo largas franjas nubosas, produciendo un efecto de lejanía inconmensurable, semejante a la que había aprendido a escudriñar en los dibujos de Doré, quien, con cada trazo, formulaba un presagio y una maldición. Mientras avanzaba vi siluetas de torres y almenas que se perfilaban contra ese escenario misterioso y que crecían cada vez más hasta alcanzar unas dimensiones inimaginables. Aquella construcción que iba llenando mi amplio ángulo de visión no parecía, sin embargo, estar más cercana. Desesperado y sin ánimos, continué avanzando con dificultad por la condenada y lúgubre llanura, mientras la enorme estructura siguió creciendo hasta resultar inabarcable con la

vista. Sus torres eclipsaron completamente las estrellas. Entonces atravesé un pórtico descomunal cuyas columnas estaban construidas con sillares ciclópeos.

El interior, completamente vacío, mostraba el polvo propio del abandono. Una luz difusa –esa luz que sólo existe en los sueños, y que tiene vida propia– me permitió recorrer largos pasillos que parecían no tener fin y atravesar estancias enormes cuyas puertas cedían a mi paso. Mis pisadas resonaban con el mismo eco que en las mansiones abandonadas y en las criptas habitadas. Caminé durante horas por aquella horrible soledad, consciente de que buscaba algo desconocido. Por fin, me encontré en lo que supuse el último rincón del edificio: una habitación de dimensiones normales con una única ventana. A través de ella volví a ver el resplandor rojizo que, como un signo inequívoco, se extendía hacia el occidente, y reconocí en él al fuego inmutable de la eternidad. Por encima de aquel fulgor siniestro y amenazante llegaba la terrible verdad que años más tarde, como un capricho extravagante, intenté expresar en verso:

*Hace tiempo el hombre desapareció del orbe.
La corte de ángeles cayó en tumbas ignoradas.
También los diablos han quedado fríos al fin,
Y hasta el mismo Dios yace al pie del gran trono blanco.*

A pesar del resplandor, era difícil ver en la oscuridad reinante y pasó algún tiempo antes de que descubriera, en el rincón más alejado de la habitación, los contornos de una cama a la que me acerqué con un fatal presentimiento. Sospechaba que la parte funesta de mi aventura terminaría con un clímax espantoso, pero no pude resistirme al hechizo que me empujaba a concluirla. Sobre la cama, medio desnudo, yacía el cadáver de un hombre. Estaba boca arriba, con los brazos pegados a los costados. Al inclinarme sobre él, cosa que hice con asco pero sin miedo, descubrí que estaba horriblemente descompuesto. Las costillas sobresalían entre la carne apergaminada y, a través del vientre hundido, asomaban las protuberancias de la espina dorsal. Tenía el rostro renegrido y acartonado, y sus labios, algo separados de unos dientes amarillentos, castigaban su semblante con una sonrisa horrenda. Un abultamiento bajo los párpados parecía indicar que los ojos habían escapado a la destrucción general. Y así era, pues cuando me acerqué a verlos, se abrieron lentamente y se clavaron en los míos con una mirada sólida y tranquila. Tratad de imaginar mi espanto, pues me resulta imposible describirlo: ¡aquellos ojos eran los míos! Esos someros restos de una especie desaparecida, ese engendro horrible que ni el tiempo ni la eternidad habían conseguido destruir, aquel desperdicio tan odioso y aborrecible que continuaba vivo tras la muerte de Dios y de los ángeles... ¡era yo!

Hay sueños que se repiten. De ellos hay uno² que me parece suficientemente raro como para justificar su relato, aunque me temo que el lector llegue a pensar que el reino de los sueños es cualquier cosa menos un terreno feliz por el que mi alma vaga a altas horas. Y no es así. Un gran número de mis incursiones en el mundo onírico, y supongo que muchas de las de los demás, van acompañadas de los más felices finales. Mi imaginación retorna al cuerpo como la abeja a la colmena, cargada de un botín que, con la ayuda del azar, se transforma en miel y se almacena en las celdas del recuerdo como un gozo eterno. Pero el sueño que voy a relatar tiene una carácter doble; se trata de una experiencia extrañamente horrorosa, pero el horror que inspira es tan absurdamente desproporcionado al incidente que lo provoca que, al recordarlo, su fantasía divierte.

Atravieso un claro en una zona escasamente boscosa. Entre el cordón de árboles diseminados alrededor de ese espacio irregular, se ven algunos campos cultivados y viviendas en las que habitan inteligencias extrañas. Debe de estar a punto de amanecer porque, a través de las neblinas que llenan caprichosamente el paisaje, se ve una luna casi llena que, de un color rojo sanguinolento, desciende por el oeste. La hierba que piso está húmeda por el rocío y toda la escena tiene la luz de plenilunio de una mañana estival. Junto al camino hay un caballo que pasta ruidosamente. Cuando paso a su lado levanta la cabeza y, sin hacer el menor movimiento, me observa durante un rato. Después se acerca. Es blanco como la leche, manso de porte y de aspecto amigable. «Este caballo es un alma apacible», me digo mientras me detengo a acariciarlo. Con los ojos fijos en los míos, se aproxima más y me habla con voz humana, con palabras articuladas. Esto, más que sorprenderme, me aterroriza, y rápidamente me despierto.

El caballo siempre habla mi lengua, pero nunca entiendo lo que dice. Supongo que será porque salgo de su mundo antes de que se acabe de expresar. Seguro que a él le asusta tanto mi repentina desaparición como a mí su forma de hablarme. Daría cualquier cosa por conocer el significado de sus palabras.

Tal vez una mañana lo haga y ya no regrese nunca más a este nuestro mundo.

² Por sugerencia mía, la difunta Flora McDonald Shearer puso este relato en forma de soneto en su libro de poemas *La leyenda de Aulus*.

La Jarra De Sirope

Este relato comienza con la muerte de su protagonista. Silas Deemer falleció el dieciséis de julio de 1863 y, dos días después, sus restos recibieron sepultura. Su entierro, según el periódico local, fue «muy concurrido», pues todos los hombres, mujeres y hasta los más jóvenes de su pueblo le habían conocido personalmente. De acuerdo con una costumbre de la época, el féretro fue abierto junto a la tumba para que los amigos y vecinos asistentes desfilaran ante él y pudieran contemplar, por última vez, el rostro del finado. Después, a la vista de todos, Silas Deemer fue inhumado. Se puede afirmar que, aunque no todos los presentes estuvieran muy atentos, el sepelio no pasó inadvertido y cumplió las formalidades exigidas: Silas estaba indudablemente muerto y nadie podría mencionar un solo fallo en la ceremonia que hubiera justificado su regreso desde la tumba. Sin embargo, y a pesar de que el testimonio humano tiene siempre una gran validez en cualquier situación (incluso una vez consiguió acabar con la brujería en Salem), Silas regresó.

Olvidé señalar que estos hechos tuvieron lugar en el pueblecito de Hillbrook, donde Silas había vivido durante treinta y un años. Su profesión fue la que en algunas partes de la Unión (país libre reconocido) se conoce como *tendero*; es decir, tenía un comercio en el que vendía las mercancías propias de este tipo de negocios. Nadie puso nunca su honradez, al menos por lo que sabemos, en tela de juicio, pues todo el mundo le tenía en gran estima. Los más exigentes hubieran podido reprocharle un celo riguroso en su actividad. No lo hicieron, aunque a otros que mostraban menos interés en su trabajo se les juzgaba con más severidad. El negocio de Silas era, en su mayor parte, de su propiedad, y eso, probablemente, pueda haber supuesto una diferencia.

En el momento de su fallecimiento nadie recordaba un solo día, exceptuando domingos, que no hubiera pasado en la tienda desde su apertura, veinticinco años antes. Su salud había sido siempre estupenda y nunca había sentido una tentación suficientemente fuerte como para abandonar el mostrador. Se cuenta que una vez se le citó como testigo en un importante caso y no se presentó. El abogado que tuvo la osadía de pedir que se le amonestara fue informado solemnemente de que la sala consideraba dicha petición «con extrañeza». Como a los abogados no les gusta provocar la sorpresa judicial, la moción fue rápidamente retirada y se llegó a un acuerdo entre las partes sobre lo que el señor Deemer habría dicho si hubiera estado presente (acuerdo que fue

aprovechado hasta el límite por la acusación para que el supuesto testimonio dañara claramente los intereses de la defensa). En resumen, toda la región coincidía en que Silas Deemer representaba la única verdad inamovible en Hillbrook y en que su desplazamiento podría traer consigo una desgracia pública o una calamidad fatal.

La señora Deemer y sus dos hijas mayores ocupaban el piso superior de la tienda, pero a Silas nunca se le había ocurrido dormir en otro lugar que no fuera su catre tras el mostrador. Y fue precisamente allí donde una noche le encontraron, casi por accidente, agonizando, y donde expiró sin tiempo apenas para echar el cierre. Aunque no hablaba, parecía consciente, y los que mejor le conocieron creen que, si su final se hubiera retrasado más allá de la hora normal de apertura, las consecuencias que tal situación hubiera producido sobre él habrían sido lamentables.

Tal era el carácter de Silas Deemer y tal la precisión e invariabilidad de su vida y costumbres que el humorista del pueblo (que hasta había estado una vez en la Universidad) propuso otorgarle el sobrenombre de *Viejo Ibidem*, y señaló sin ningún ánimo de ofender, en la edición del periódico local posterior a su muerte, que Silas se había tomado «un día libre». En realidad fue más de un día, aunque si nos remitimos a las pruebas, parece que el señor Deemer dejó bien claro, en sólo un mes, que no disponía de tiempo para estar muerto.

Uno de los ciudadanos más respetables de Hillbrook era Alvan Creede, el banquero. Residía en la casa más elegante de la localidad, disponía de carruaje y era considerado digno de aprecio por muchas razones. Como solía ir a Boston con frecuencia, conocía las ventajas que proporciona viajar. Se decía incluso que una vez había estado en Nueva York, pero rechazaba con modestia tan admirable distinción. El asunto se menciona aquí con el único propósito de subrayar la valía del señor Creede ya que, en cualquier caso, honra a su inteligencia, si es que había entrado en contacto, aunque fuera temporalmente, con la cultura metropolitana; y a su franqueza, en caso contrario.

Una agradable noche de verano, sobre las diez, el señor Creede, después de cruzar la verja de su jardín y recorrer bajo la luz de la luna el paseo de gravilla, subió los escalones de piedra de su elegante mansión. Se detuvo un instante y metió la llave en la cerradura. Al abrir la puerta se encontró con su esposa, que se dirigía a la biblioteca. Ella le saludó amablemente y sostuvo la puerta para que entrara. Pero Alvan Creede se volvió y, mirando hacia sus pies, exclamó con sorpresa:

—Pero, ¿qué diablos ha sido de la jarra?

—¿Qué jarra, Alvan? —preguntó su mujer, que no le entendía.

—Una jarra de sirope de arce que traía de la tienda y dejé ahí para abrir la puerta. ¿Dónde diablos...?

—Alto, alto, Alvan. Deja de hablar así —dijo la señora, interrumpiéndole.

Hay que señalar que Hillbrook no es el único lugar de la cristiandad en que un politeísmo rudimentario prohíbe tomar el nombre del diablo en vano.

La jarra que, gracias a un relajado estilo de vida provinciano, el más ilustre vecino había traído desde la tienda, había desaparecido.

—¿Estás seguro, Alvan?

—Pero, querida, ¿crees que un hombre no sabe cuándo lleva una jarra en las manos? Compré el sirope en la tienda de Deemer. Él mismo la llenó, me la dio y...

La frase permanece hasta hoy inconclusa. El señor Creede entró en la casa tambaleándose, cruzó el recibidor y se dejó caer sobre un sillón. Le temblaban las extremidades. De pronto se había dado cuenta de que Silas Deemer llevaba tres semanas muerto.

La señora Creede, en pie junto a su esposo, le observaba con sorpresa y preocupación.

—Por el amor de Dios —dijo—, ¿qué te pasa, Alvan?

Como sus males no tenían una relación aparente con un pase a mejor vida, el señor Creede no consideró necesario dar una explicación y permaneció en silencio, con la mirada perdida. Hubo un largo silencio, roto únicamente por el rítmico tictac del reloj que, más lento que de costumbre, parecía concederle cortésmente algo de tiempo para recuperar la cordura.

—Jane, me he vuelto loco, eso es lo que ocurre —farfulló con voz apagada—. Me lo podrías haber dicho antes de que los síntomas llegaran a tal extremo que yo mismo los descubriera. Imaginé que pasaba por delante del comercio de Deemer; estaba abierto y había luz dentro, al menos así me lo pareció. Ya, ya sé que lleva tiempo cerrado. Pero Silas estaba de pie detrás del mostrador. Le vi con la misma claridad que te estoy viendo a ti. Recordé que necesitabas un poco de sirope de arce, así que entré y lo compré. Eso fue todo. Compré dos cuartos a Silas Deemer que, desde luego, está bien muerto y enterrado; pero, a pesar de ello, echó el sirope del tonel a la jarra y me la dio. Incluso me dirigió la palabra; con un tono más grave, eso sí, más grave del que era su tono habitual... pero no me acuerdo de lo que me dijo. ¡Dios santo!, le vi. Le vi y hablé con él... ¡Y está muerto! Bueno, todo esto lo imaginé, porque estoy loco, mas loco que una cabra. Y tú sin decirme nada.

Este monólogo dio tiempo a la señora Creede para recuperarse.

—Alean —dijo—, tú nunca has dado muestras de locura, créeme. Sin duda todo ha sido una ilusión. No puede ser otra cosa, ¡sería horrible! Pero no estás loco; lo que pasa es que trabajas demasiado. No deberías haber asistido esta tarde al consejo de administración. No sé cómo no se dieron cuenta de que estabas enfermo. Sabía que algo iba a ocurrir.

El señor Creede seguramente pensó que el presentimiento de su mujer llegaba demasiado tarde. Pero no dijo nada porque estaba preocupado por su situación. Había conseguido tranquilizarse y ahora empezaba a pensar con coherencia.

—Sin duda el fenómeno fue subjetivo —explicó, con ridículos términos de argot científico—, pues, aunque la aparición de un espíritu e incluso su materialización son posibles, la visión y tangibilidad de una jarra de medio galón, hecha de tosca y ruda cerámica, salida de la nada, es difícilmente concebible.

Cuando estaba acabando de hablar, su hija pequeña, en camión, entró correteando en la habitación. Se echó sobre su padre y, rodeándole el cuello, dijo:

—Papi malo, olvidaste entrar a darme un beso. Te oímos abrir la puerta y nos levantamos. —Y añadió—: Papi, Eddy dice que si se puede quedar con la jarrita cuando esté vacía.

Mientras el significado completo de aquella revelación llegaba al cerebro de Alvan Creede, éste se estremeció palpablemente. Era evidente que la niña no podía haber entendido una sola palabra de la conversación anterior.

Como las propiedades de Silas Deemer estaban en manos de un administrador que consideraba que lo mejor era deshacerse del negocio, la tienda había sido cerrada a la muerte de su propietario, y los artículos vendidos a otro comerciante que se los había llevado en bloque. También estaban vacías las habitaciones superiores, pues la viuda y sus hijas se habían marchado a otra ciudad.

La tarde siguiente a la aventura de Alvan Creede (que de algún modo ya era de dominio público) una multitud de hombres, mujeres y niños llenaba la acera frente a la tienda. Aunque muchos se mostraban incrédulos, todos los habitantes de Hillbrook sabían que el espíritu de Silas Deemer rondaba por el lugar. Los más agresivos y, en general, los más jóvenes lanzaban piedras contra la fachada, poniendo especial cuidado en no dar a las ventanas que aún tenían las persianas subidas: la incredulidad todavía no llegaba a maldad. Unas pocas almas audaces cruzaron la calle y golpearon en la puerta. Tras encender unas cerillas, las acercaron al escaparate con el fin de poder ver algo en el oscuro interior. Otros espectadores hacían alarde de su ingenio desafiando al fantasma con gritos y chillidos a una carrera.

Pasado un rato sin que ocurriera nada, y cuando algunos comenzaban a marcharse, los que quedaban advirtieron que el interior de la tienda estaba bañado por una luz amarillenta y difusa. En ese instante todas las manifestaciones cesaron. Los intrépidos que se habían acercado a la puerta y a las ventanas retrocedieron hasta la acera y se mezclaron con el gentío; los jóvenes dejaron de tirar piedras. Ahora nadie levantaba la voz sino que, con nerviosos

susurros, señalaban hacia aquella claridad que iba en aumento. Era difícil saber cuánto tiempo había pasado desde el primer resplandor, pero al final la luz fue suficiente para iluminar todo el interior de la tienda. Y en ella, de pie tras el mostrador, junto a su mesa, se pudo ver claramente a Silas Deemer.

El efecto sobre la multitud fue increíble. La gente comenzó a dispersarse con rapidez por ambos flancos, y los más asustadizos abandonaron definitivamente el lugar. Muchos corrían con todas las fuerzas que les daban sus piernas; otros, con mayor dignidad, se marchaban despacio y volvían de vez en cuando la cabeza para echar un último vistazo por encima del hombro. Al final sólo quedaron unos veinte, casi todos hombres, que permanecían en silencio, absortos, y mostraban un aspecto nervioso. El fantasma no les prestó la más mínima atención: al parecer estaba ocupado con su libro de cuentas.

Al cabo de unos instantes, tres hombres salieron del grupo que había en la acera y, llevados por un mismo impulso, cruzaron la calle. Cuando uno de ellos, el más robusto, estaba a punto de derribar la puerta con el hombro, ésta, al parecer sin mediación humana, se abrió y los audaces investigadores entraron. Apenas cruzaron el umbral, según pudieron observar los timoratos observadores exteriores, comenzaron a actuar de un modo inexplicable: tendían sus manos en busca de ayuda, seguían trayectorias tortuosas, chocaban entre ellos, con el mostrador, con las cajas y toneles... Iban de un lado para otro en busca de una salida, pero parecían incapaces de volver sobre sus pasos. A pesar de sus gritos y maldiciones, el fantasma de Silas Deemer seguía sin mostrar el menor interés en lo que ocurría.

Guiados por no se sabe qué impulsos, los de fuera hicieron una simultánea y tumultuosa acometida hacia la puerta. Como todos querían ser los primeros, la entrada quedó bloqueada, por lo que finalmente decidieron ponerse en fila y avanzar de uno en uno. Por algún extraño arte espiritual o físico la observación se transformó en acción: los espectadores comenzaron a tomar parte en el espectáculo y el público ocupó el escenario.

Alvan Creede, único espectador que quedaba al otro lado de la calle, pudo ver claramente lo que ocurría en el interior de la tienda, que aparecía inundado de luz y cada vez con más gente. Para los de dentro, por el contrario, la oscuridad era total: era como si los que cruzaban el umbral quedaran ciegos y enloquecieran por tal desgracia. Andaban a tientas e intentaban salir contra la corriente, a empujones y codazos, por lo que se caían y pisoteaban una y otra vez. Se agarraban de la ropa, del pelo, de la barba; luchaban como fieras y gritaban y se insultaban furiosamente. Cuando el señor Creede vio a la última persona penetrar en aquel espantoso tumulto, la luz que antes todo lo iluminaba se convirtió en una oscuridad tan palpable para él como para los del interior. Alvan Creede dio media vuelta y se alejó de aquel lugar.

A la mañana siguiente, una multitud de curiosos se reunió en torno a la tienda. Entre ellos se encontraban los que habían huido la noche anterior, envalentonados ahora por la luz del sol, y los que iban a sus labores cotidianas. La puerta del inmueble seguía abierta, pero el lugar estaba vacío. Por todo el suelo, sobre las paredes y muebles, se veían jirones de ropa y mechones de pelo. Los virulentos habitantes de Hillbrook habían conseguido, no se sabe cómo, salir de allí y habían vuelto a casa a curar sus heridas; seguro que habían pasado una mala noche. Tras el mostrador, sobre la mesa polvorienta, estaba el libro de cuentas. Las anotaciones, con letra de Deemer, acababan el dieciséis de julio, fecha de su muerte: no quedaba constancia de una posterior venta a Alvan Creede.

Y ésta es toda la historia. Las pasiones de la gente se calmaron y la razón volvió a prevalecer. Todo Hillbrook coincidía en que, teniendo en cuenta el carácter respetable e inofensivo de su primera transacción comercial bajo las nuevas condiciones, se podía permitir que Silas Deemer, después de muerto, continuara con su negocio en el viejo local, pero sin atropellos. El cronista de la localidad, de cuya obra inédita se ha extraído el relato de los hechos, tuvo la precaución de mostrarse de acuerdo con esa idea.

Una Carretera Iluminada Por La Luna

Testimonio de Joel Hetman, Jr.

Soy un hombre de lo más desafortunado. Rico, respetado, bastante bien educado y de buena salud (aparte de otras muchas ventajas generalmente valoradas por quienes las disfrutan y codiciadas por los que las desean). A veces pienso que sería menos infeliz si tales cualidades me hubieran sido negadas, porque entonces el contraste entre mi vida exterior e interior no exigiría continuamente una atención ingrata. Bajo la tensión de la privación y la necesidad del esfuerzo, podría olvidar en ocasiones el oscuro secreto, cuya explicación —siempre misteriosa— el mismo hace inevitable.

Soy hijo único de Joel y Julia Hetman. El primero fue un rico hacendado, la segunda una mujer bella y bien dotada, a la que estaba apasionadamente ligado por lo que ahora sé que fue una devoción celosa y exigente. El hogar familiar se encontraba a unas cuantas millas de Nashville, en Tennessee, en una vivienda amplia, irregularmente construida, sin ningún orden arquitectónico definido, y algo apartada de la carretera, con un parque de árboles y arbustos.

En la época a la que me refiero yo tenía diecinueve años y estudiaba en Yale. Un día recibí un telegrama de mi padre tan urgente que, obedeciendo a su inexplicada solicitud, partí inmediatamente con dirección a casa. En la estación de ferrocarril de Nashville, un pariente lejano me esperaba para poner en mi conocimiento la razón de la llamada: mi madre había sido bárbaramente asesinada; el móvil y el autor nadie los conocía, pero las circunstancias fueron las siguientes:

Mi padre había ido a Nashville con la intención de volver al día siguiente por la tarde. Algo impidió que realizara el negocio que tenía entre manos, por lo que regresó esa misma noche, antes del amanecer. En su testimonio ante el juez explicó que, como no tenía llave del cerrojo y no quería molestar a los sirvientes que estaban durmiendo, se había dirigido, sin ningún propósito especial, hacia la parte trasera de la casa. Al doblar una esquina del edificio, oyó el ruido de una puerta que se cerraba con suavidad y vio en la oscuridad, no muy claramente, la figura de un hombre que desapareció de inmediato por entre los árboles. Como una precipitada persecución y una batida rápida por los jardines, en la creencia de que el intruso era alguien que visitaba clandestinamente a un sirviente, resultaron infructuosas, entró en la casa por la puerta abierta y subió las escaleras

en dirección al dormitorio de mi madre. La puerta estaba abierta y, al penetrar en aquella intensa oscuridad, tropezó con un objeto pesado que había en el suelo y cayó de bruces. Me ahorraré los detalles; era mi pobre madre, ¡estrangulada por unas manos humanas!

No faltaba nada en la casa, los sirvientes no habían oído ruido alguno y, salvo aquellas horribles marcas en la garganta de la mujer asesinada (¡Dios mío! ¡Ojalá pudiera olvidarlas!), no se encontró nunca rastro del asesino.

Abandoné mis estudios y permanecí junto a mi padre que, como es de suponer, estaba muy cambiado. De carácter siempre taciturno y sereno, cayó en un abatimiento tan profundo que nada conseguía mantener su atención, aunque, cualquier cosa, una pisada, un portazo repentino, despertaban en él un interés desasosegado; se le podría haber llamado recelo. Se sobresaltaba visiblemente por cualquier pequeña sorpresa sensorial y a veces se ponía pálido, y luego recaía en una apatía melancólica más profunda que la anterior. Supongo que sufría lo que se llama «una tremenda tensión nerviosa». En cuanto a mí, era más joven que ahora, y eso significa mucho. La juventud es Galad, donde existe un bálsamo para cada herida. ¡Ah! ¡Si pudiera vivir de nuevo en aquella tierra encantada! Al no estar habituado al dolor, no sabía cómo valorar mi aflicción. No podía apreciar debidamente la potencia del impacto.

Cierta noche, unos meses después del fatal acontecimiento, mi padre y yo volvíamos andando de la ciudad. La luna llena llevaba unas tres horas sobre el horizonte, en el este; los campos mostraban la quietud solemne de una noche estival. Nuestras pisadas y el canto incesante de las chicharras en la distancia eran el único sonido. Las negras sombras de los árboles contiguos atravesaban la carretera, que tenía un brillo blanco y fantasmal en las estrechas zonas del centro. Cuando nos encontrábamos cerca de la verja de nuestra hacienda, cuya fachada aparecía en penumbra, y en la que no había ninguna luz, mi padre se detuvo de repente y, agarrándome del brazo, dijo con un tono apenas perceptible:

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—No oigo nada —contesté.

—Pero mira, ¡mira! —exclamó señalando hacia la carretera, delante de nosotros.

—Allí no hay nada —dije—. Venga, padre, entremos. Estás enfermo.

Me había soltado el brazo y se había quedado rígido e inmóvil en el centro de la carretera iluminada, absorto como alguien privado del juicio. A la luz de la luna, su rostro presentaba una palidez y fijeza inefablemente penosa. Le di un suave tirón de la manga, pero se había olvidado de mi existencia. Al rato comenzó a retroceder, paso a paso, sin apartar la vista ni un instante de lo que veía, o creía que veía. Di media vuelta para seguirle, pero me quedé quieto, indeciso. No recuerdo ningún sentimiento de miedo, a no ser que un frío

repentino fuera su manifestación física. Fue como si un viento helado hubiera rozado mi cara y envuelto mi cuerpo de arriba abajo. Pude sentir su revuelo en el pelo.

En aquel momento mi atención fue atraída por una luz que apareció de repente en una ventana del piso superior de la casa; uno de los sirvientes, despertado por quién sabe qué premonición misteriosa, y obedeciendo a un impulso que nunca pudo explicar, había encendido una lámpara. Cuando me volví para buscar a mi padre, había desaparecido; en todos estos años ni un rumor de su destino ha atravesado la frontera de la conjetura desde el reino de lo desconocido.

Testimonio de Caspar Grattan

Hoy se dice que estoy vivo. Mañana, aquí, en esta habitación, habrá una forma insensible de arcilla que mostrará lo que fui durante demasiado tiempo. Si alguien levanta el paño que cubrirá el rostro de aquella cosa desagradable será para satisfacer una mera curiosidad malsana. Otros, sin duda, irán más lejos y preguntarán «¿Quién era ése?» En estos apuntes ofrezco la única respuesta que soy capaz de dar: Caspar Grattan. Claro, eso debería ser suficiente. Ese nombre ha cubierto mis pequeñas necesidades durante más de veinte años de una vida de duración desconocida. Es cierto que yo mismo me lo puse, pero, a falta de otro, tenía ese derecho. En este mundo uno debe tener un nombre; evita la confusión, incluso hasta cuando no aporta una identidad. A algunos, sin embargo, se les conoce por números, que también resultan ser formas de distinción inadecuadas.

Un día, por ejemplo, caminaba por una calle de una ciudad, lejos de aquí, cuando me encontré a dos individuos de uniforme, uno de los cuales, casi deteniéndose y mirándome a la cara con curiosidad, le dijo a su compañero: «Ese hombre se parece al 767». En aquel número me pareció ver algo familiar y horrible. Llevado por un impulso incontrolable, tomé una bocacalle y corrí hasta caer agotado en un camino.

Nunca he olvidado aquel número, y siempre me viene a la memoria acompañado por un guirigay de obscenidades, carcajadas de risas tristes y estruendos de puertas de hierro. Por eso creo que un nombre, aunque sea uno mismo quien se lo ponga, es mejor que un número. En el registro del campo del Alfarero pronto tendré los dos. ¡Qué riqueza!

A quien encuentre este papel he de rogarle que tenga cierta consideración. No es la historia de mi vida; la capacidad de hacer tal cosa me está negada. Esto no es más que una relación de recuerdos quebrados y aparentemente inconexos, algunos de ellos tan nítidos y ordenados como los brillantes de un collar; otros,

remotos y extraños, presentan las características de los sueños carmesí, con espacios en blanco y en negro, y con el resplandor de aquelarres candentes en medio de una gran desolación.

Situado en los límites de la eternidad, me doy la vuelta para echar un último vistazo a la tierra, a la trayectoria que seguí hasta llegar aquí. Hay veinte años de huellas inconfundibles, impresiones de pies sangrantes. El trazado sigue caminos de pobreza y dolor, tortuosos y poco seguros, como los de alguien que se tambalea bajo una carga,

Remoto, sin amigos, melancólico, lento.

Ah, la profecía que el poeta hizo sobre mí. ¡Qué admirable! ¡Qué espantosamente admirable!

Retrocediendo más allá del principio de esta *vía dolorosa*, esta epopeya de sufrimiento con episodios de pecado, no puedo ver nada con claridad; sale de una nube. Sé que sólo cubre veinte años, y sin embargo soy un anciano.

Uno no recuerda su nacimiento, se lo tienen que contar. Pero conmigo fue diferente. La vida llegó a mí con las manos llenas y me otorgó todas mis facultades y poderes. De mi existencia previa no sé más que otros, porque todos balbucean insinuaciones que pueden ser recuerdos o sueños. Solamente sé que mi primera sensación de consciencia lo fue de madurez en cuerpo y alma; una sensación aceptada sin sorpresa o aprensión. Sencillamente me encontré caminando por un bosque, medio desnudo, con los pies doloridos, tremendamente fatigado y hambriento. Al ver una granja, me acerqué y pedí comida, que alguien me dio preguntando mi nombre. No lo conocía, aunque sí sabía que todo el mundo tenía nombres. Me retiré muy azorado y, al caer la noche, me tumbé en el bosque y me dormí.

Al día siguiente llegué a una gran ciudad cuyo nombre no citaré. Tampoco relataré otros incidentes de la vida que ahora está a punto de acabar; una vida de peregrinaje continuo, siempre rondada por una imperante sensación de delito en el castigo del mal y de terror en el castigo del delito. Veamos si soy capaz de reducirlo a la narrativa.

Parece ser que una vez viví cerca de una gran ciudad. Era un colono próspero, casado con una mujer a la que amaba y de la que desconfiaba. Tuvimos, al parecer, un hijo, un joven de talento brillante y prometedor. Para mí, siempre se trata de una figura vaga, nunca claramente definida y, con frecuencia, fuera de escena.

Una desafortunada noche se me ocurrió poner a prueba la fidelidad de mi esposa de una forma vulgar y sabida por todo el mundo que conoce la literatura

histórica y de ficción. Fui a la ciudad después de haberle dicho a mi mujer que estaría ausente hasta el día siguiente por la tarde. Pero regresé antes del amanecer y me dirigí a la parte trasera de la casa con la intención de entrar por una puerta que había estropeado sin que nadie me viera, para que pareciera encajar y en realidad no cerrara. Al acercarme, oí una puerta que se abría y se cerraba con suavidad, y vi a un hombre que salía sigilosamente a la oscuridad. Con la idea del asesinato en la mente, salté sobre él, pero desapareció sin que consiguiera ni siquiera identificarle. A veces, ni aún ahora consigo convencerme de que se tratara de un ser humano.

Loco de celos y rabia, ciego y lleno de todas las pasiones elementales de la hombría humillada, entré en la casa y subí precipitadamente las escaleras hasta el dormitorio de mi esposa. Estaba cerrado, pero como también había estropeado el cerrojo, conseguí entrar fácilmente y, a pesar de la intensa oscuridad, en un instante estaba junto a su cama. Tanteando con las manos descubrí que estaba vacía, aunque deshecha.

«Debe de estar abajo —pensé—; aterrorizada por mi presencia se ha ocultado en la oscuridad del recibidor.»

Con el propósito de buscarla, me di la vuelta para marcharme. Pero tomé una dirección equivocada. ¡Correcta!, diría yo. Golpeé su cuerpo, encogido en un rincón, con el pie. En un instante le lancé las manos al cuello y, ahogando su grito, sujeté su cuerpo convulso entre las rodillas. Allí, en la oscuridad, sin una palabra de acusación o reproche, la estrangulé hasta la muerte.

Aquí acaba el sueño. Lo he contado en tiempo pasado, pero el presente sería la forma más apropiada, porque una y otra vez aquella triste tragedia vuelve a ser representada en mi consciencia; una y otra vez trazo el plan, sufro la confirmación y desagravio la ofensa. Después todo queda en blanco; y más tarde la lluvia golpea contra los mugrientos cristales, o la nieve cae sobre mi escaso atavío, las ruedas chirrían por calles asquerosas donde mi vida se desarrolla en medio de la pobreza y de los trabajos mezquinos. Si alguna vez brilla el sol, no lo recuerdo. Si hay pájaros, no cantan.

Hay otro sueño, otra visión de la noche. Estoy de pie, entre las sombras, sobre una carretera iluminada por la luna. Soy consciente de la presencia de alguien más, pero no puedo determinar exactamente de quién. Entre la penumbra de una gran vivienda, percibo el brillo de ropas blancas; entonces la figura de una mujer aparece frente a mí en la carretera. ¡Es mi asesinada esposa! Hay muerte en su rostro y señales en su garganta. Tiene los ojos clavados en los míos con una seriedad infinita, que no es reproche, ni odio, ni amenaza; no es algo tan terrible como el reconocimiento. Ante esta horrorosa aparición, retrocedo con terror; un terror que me asalta cuando escribo. No puedo dar la forma correcta a las palabras. ¡Fíjate! Ellas...

Ahora estoy tranquilo, pero en verdad ya no hay más que contar. El incidente acaba donde empezó: en medio de la oscuridad y de la duda.

Sí, de nuevo tengo el dominio de mí mismo: «el capitán de mi alma». Pero no se trata de un respiro, sino de otro estadio y fase de la expiación. Mi penitencia, constante en grado, es mutable en aspecto: una de sus variantes es la tranquilidad. Después de todo, se trata de cadena perpetua. «Al Infierno para siempre», ése es el castigo absurdo: el culpable escoge la duración de su pena. Hoy mi plazo expira.

A todos y cada uno, les deseo la paz que no fue mía.

Testimonio de la difunta Julia Hetman a través del medium Bayrolles

Me había retirado temprano y había caído casi inmediatamente en un sueño apacible, del que desperté con una indescriptible sensación de peligro, lo que es, según creo, una experiencia común de otra vida anterior. También me sentí convencida de su sin sentido, aunque eso no lo desterraba. Mi marido, Joel Hetman, estaba ausente; los sirvientes dormían en la otra parte de la casa. Pero éstas eran cosas normales; nunca antes me habían preocupado. Sin embargo, aquel extraño terror se hizo tan insoportable que, venciendo mi escasa disposición, me incorporé en la cama y encendí la lámpara de la mesilla. En contra de lo que esperaba, esto no supuso un alivio; la luz parecía añadir aún más peligro, porque pensé que su resplandor se advertiría por debajo de la puerta, revelando mi presencia a cualquier cosa maligna que acechara desde fuera. Vosotros que todavía estáis vivos, sujetos a los horrores de la imaginación, os daréis cuenta de qué monstruoso miedo debe de ser ése que, en la oscuridad, busca seguridad contra las existencias malévolas de la noche. Es como batirse cuerpo a cuerpo con un enemigo invisible. ¡La estrategia de la desesperación!

Después de apagar la luz, me cubrí la cabeza con la colcha y me quedé temblando en silencio, incapaz de gritar, y sin acordarme siquiera de rezar. En ese penoso estado debí de permanecer durante lo que vosotros llamaríais horas; entre nosotros no existen horas: el tiempo no existe.

Finalmente apareció: ¡un ruido suave e irregular de pisadas en las escaleras! Eran pausadas, dubitativas, inseguras, como si fueran producidas por alguien que no viera por dónde iba; para mi mente confusa eso era mucho más espantoso, como la proximidad de una malignidad ciega y estúpida, para la que no valen ruegos. Estaba casi segura de que había dejado la lámpara del recibidor encendida y el hecho de que aquella criatura caminara a tientas demostraba que era un monstruo de la noche. Esto era absurdo y no coincidía con mi anterior terror a la luz, pero ¿qué queréis que haga? El miedo no tiene cerebro; es idiota.

El observador sombrío que contiene y el cobarde consejo que susurra no guardan relación. Nosotros, que hemos entrado en el Reino del Terror, que permanecemos ocultos en el crepúsculo eterno rodeados por las escenas de nuestra vida anterior, invisibles incluso para nosotros mismos y para los demás, y que sin embargo nos escondemos desesperados en lugares solitarios, lo sabemos muy bien; anhelamos hablar con nuestros seres queridos, y sin embargo estamos mudos, y tan temerosos de ellos como ellos de nosotros. A veces este impedimento desaparece, la ley queda en suspenso: por medio del poder inmortal del amor o del odio conseguimos romper el hechizo. Entonces, aquellos a los que avisamos, consolamos o castigamos, nos ven. Qué forma adoptamos es algo que desconocemos; sólo sabemos que aterrorizamos hasta a aquellos que más . deseamos reconfortar y de los que más anhelamos ternura y compasión.

Perdona, te lo ruego, este paréntesis inconsecuente de lo que una vez fue una mujer. Vosotros que nos consultáis de este modo imperfecto, no comprendéis. Hacéis preguntas absurdas sobre cosas desconocidas y prohibidas. La mayor parte de lo que sabemos y podríamos reflejar en nuestro discurso no tiene ningún sentido para vosotros. Debemos comunicarnos con vosotros por medio de una inteligencia balbuciente en aquella pequeña zona de nuestro lenguaje que vosotros sabéis hablar. Creéis que somos de otro mundo. Pero no; no conocemos otro mundo que el vuestro, aunque para nosotros no existe la luz del sol, ni calor, ni música, ni risa, ni cantos de pájaros, ni compañía. ¡Dios mío! ¡Qué cosa es ser un fantasma, encogido y tembloroso en un mundo alterado, presa de la aprensión y la desesperación!

Pero no, no morí de miedo: aquella Cosa se dio la vuelta y se marchó. La oí bajar, creo que apresuradamente, por las escaleras, como si ella también se hubiera asustado. Entonces me levanté para pedir ayuda. Apenas mi temblorosa mano hubo encontrado el tirador de la puerta... ¡cielo santo!, oí que volvía hacia mí. Sus pisadas por las escaleras eran rápidas, pesadas y fuertes; hacían que la casa se estremeciera. Huí hacia una esquina de la pared y me acurruqué en el suelo. Intenté rezar. Intenté gritar el nombre de mi querido esposo. Entonces oí que la puerta se abría de un golpe. Hubo un intervalo de inconsciencia y, cuando me recuperé, sentí una opresión asfixiante en la garganta, advertí que mis brazos golpeaban lánguidamente contra algo que me arrastraba, ¡noté que la lengua se me escapaba por entre los dientes! Después pasé a esta vida.

No, no sé lo que pasó. La suma de lo que conocemos al morir es la medida de lo que sabemos después de todo lo que hemos vivido. De esta existencia sabemos muchas cosas, pero nunca hay nueva luz sobre ninguna de esas páginas: todo lo que podemos leer está escrito en el recuerdo. Aquí no hay cimas de verdad que dominen el confuso paisaje de aquel reino dudoso. Todavía vivimos en el Valle de la Sombra, ocultos en sus espacios desolados, observando

desde detrás de las zarzamoras y los matorrales a sus habitantes malvados, locos. ¿Cómo íbamos a tener conocimiento de aquel desvanecido pasado?

Lo que ahora voy a relatar ocurrió en una noche. Sabemos cuándo es de noche porque os marcháis a casa y podemos aventurarnos a salir de nuestros escondrijos y dirigirnos sin miedo hacia nuestras antiguas casas, asomarnos a las ventanas, hasta incluso entrar y observar vuestros rostros mientras dormís. Había merodeado durante un buen rato cerca de la casa en la que se me había transformado tan cruelmente en lo que ahora soy, como hacemos cuando alguien a quien amamos u odiamos está dentro. En vano había estado buscando alguna forma de manifestarme, algún modo de hacer que mi existencia continuada, mi gran amor y mi profunda pena fueran captados por mi marido y mi hijo. Si dormían, siempre se despertarían, o si, en mi desesperación, me atrevía a acercarme a ellos una vez despiertos, lanzarían hacia mí sus terribles ojos vivos, aterrorizándome con las miradas que yo anhelaba y apartándome de mi propósito.

Esa noche les había estado buscando sin éxito, temerosa de encontrármelos. No estaban en la casa, ni en el jardín iluminado por la luna. Porque, aunque hemos perdido el sol para siempre, todavía nos queda la luna, completamente redonda o imperceptible. A veces brilla por la noche, a veces de día, pero siempre sale y se pone como en la otra vida.

Dejé el jardín y me fui, acompañada por la luz blanca y el silencio, hacia la carretera, sin dirección definida y entristecida. De repente oí la voz de mi pobre esposo que lanzaba exclamaciones de sorpresa, junto a la de mi hijo que procuraba tranquilizarle y disuadirle. Y allí estaban, a la sombra de un grupo de árboles. Cerca, ¡tan cerca! Tenían sus caras vueltas hacia mí, los ojos de mi esposo se clavaban en los míos. Me vio, ¡por fin, por fin me vio! Al advertir esta sensación, mi miedo desapareció como un sueño cruel. El hechizo de la muerte estaba roto: ¡El Amor había vencido a la Ley! Loca de alegría, grité, debí de haber gritado: «Me ve, me ve: ¡me comprenderá!» Entonces, tratando de controlarme, avancé hacia él, sonriente y consciente de mi belleza, para arrojarme en sus brazos, consolarle con palabras cariñosas y, con la mano de mi hijo entre las mías, pronunciar palabras que restauraran los lazos rotos entre los vivos y los muertos.

Pero, ¡ay! ¡Ay de mí! Su cara estaba pálida de terror, sus ojos eran como los de un animal acorralado. Mientras yo avanzaba, él se alejaba de mí, y por fin se dio la vuelta y salió huyendo por el bosque. Hacia dónde, es algo que desconozco.

A mi pobre hijo, abandonado con su doble desolación, nunca he sido capaz de comunicarle ninguna sensación de mi presencia. Pronto, también él, pasará a esta Vida Invisible y le habré perdido para siempre.